

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

organización siniestra

de

clark carrados



El panzudo carguero avanzaba lentamente en la noche neblinosa. Salvo las luces de situación y del puente, pocas más había encendidas.

El mar estaba tranquilo. Abajo, las máquinas ronroneaban satisfactoriamente.

La proa hendía las aguas, levantando dos chorros de espuma a los lados. De vez en cuando, sonaba la sirena, a fin de alertar a otros barcos que pudieran hallarse en las inmediaciones.

Había un hombre en la cubierta, hacia la banda de estribor, tratando de taladrar la niebla con la vista. El ambiente estaba lleno de humedad. Olía a sales y a lodo.



Clark Carrados

Organización siniestra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1135

ePub r1.0

Titivillus 29-11-2019

Título original: *Organización siniestra*
Clark Carrados, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

El panzudo carguero avanzaba lentamente en la noche neblinosa. Salvo las luces de situación y del puente, pocas más había encendidas.

El mar estaba tranquilo. Abajo, las máquinas ronroneaban satisfactoriamente.

La proa hendía las aguas, levantando dos chorros de espuma a los lados. De vez en cuando, sonaba la sirena, a fin de alertar a otros barcos que pudieran hallarse en las inmediaciones.

Había un hombre en la cubierta, hacia la banda de estribor, tratando de taladrar la niebla con la vista. El ambiente estaba lleno de humedad. Olía a sales y a lodo.

Hacía frío. El hombre se subió el cuello de su chaquetón, estremecido repentinamente por una ráfaga de aire. El suelo estaba brillante.

De pronto, el individuo se acercó a la borda y avanzó el cuerpo hacia afuera, como si quisiera aumentar su radio visual.

—Nada —masculló—, todavía nada.

Retrocedió un par de pasos. La niebla era espesa, algodonosa; parecía poder palparse con las manos, como si fuese una sustancia sólida.

En el puente, el oficial de guardia tenía la vista fija en la pantalla de radar. A su lado, el timonel mantenía las manos en la rueda. Las luces de los instrumentos se reflejaban en sus rostros, infundiéndoles un aspecto espectral.

El capitán del barco entró de pronto en el puente. Unas vedijas de niebla le acompañaron, esparciéndose rápidamente en aquel cálido ambiente.

—Todo en orden, señor —informó el oficial de guardia, llevándose la mano a la gorra.

El capitán, que sostenía con los dientes una vieja pipa, hizo un gesto de asentimiento. Luego se quitó la pipa de la boca y señaló con el cañón a la pantalla de radar.

—No se fíe enteramente de ese chisme, señor Swan —dijo—. La

vista, amigo mío, la vista, y la sirena que no deje de funcionar. Eso es lo que evita las colisiones, más que otra cosa.

—Sí, señor —asintió respetuosamente el oficial. ¿Para qué contradecir al capitán, hombre de la vieja escuela, para quien el radar era cosa de brujas o poco menos?

El timonel se mantenía silencioso en su puesto, con los ojos clavados en el compás. Tras una pausa de silencio, el señor Swan dijo:

—La costa no se dibuja todavía en la pantalla, señor.

—Debería llevar navegando todavía unos pocos años más, señor Swan —contestó el capitán—. Cuando subía al puente, he percibido el olor inconfundible de las pesquerías Gallatin. Eso significa que estamos ya muy cerca de tierra, ¿comprendido?

—Sí, señor, aunque la pantalla...

—¡Bah...! —resopló el capitán despectivamente—. No hay instrumento capaz de reemplazar a la experiencia y al instinto de un auténtico marino.

Echó un vistazo al contador de revoluciones y al poco añadió:

—Reduzca diez vueltas por minuto; vamos holgados de tiempo y, de todas formas, no entraremos en puerto hasta que sea de día claro. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Swan llamó a la sala de máquinas y transmitió la orden. El capitán seguía sacando humo de su pipa.

—Eso es todo por ahora, señor Swan —dijo, cuando le fue notificado el cumplimiento de su orden—. Fondearemos en el antepuerto, hasta que nos den la señal de atraque. ¡Y atara bien los ojos, pero no se fíe de esa maldita pantalla!

—A la orden, señor.

Swan y el timonel quedaron solos. El primero sonrió despectivamente:

—El Viejo es un tipo chapado a la antigua —comentó—. No se fía mucho del radar, Peterson.

—No le haga caso, señor; es su forma de ser —contestó el timonel—. Le gusta impresionar a la gente, eso es todo.

En cubierta, el hombre continuaba en el mismo sitio, asomándose de vez en cuando a la borda. Cada vez hacía más frío.

Una sombra se deslizó sigilosamente por la cubierta, situándose

detrás de uno de los grandes ventiladores. Esperó un momento y, cuando el hombre del chaquetón se acercó a la borda, saltó sobre él y le golpeó en la cabeza con un tubo de hierro.

Se oyó un siniestro chasquido. El hombre del chaquetón se desplomó instantáneamente, quedando atravesado sobre la borda.

El asesino se inclinó y lo agarró por los pies, haciendo bascular el cuerpo. Empujó hacia afuera y la víctima se precipitó hacia el mar, a doce metros de distancia.

La sirena del barco ahogó el siniestro chapoteo que produjo el cuerpo de la víctima, al sumergirse en las aguas.

* * *

El teléfono sonó, arrancando a Chuck Devon de la agradable siesta que disfrutaba, cómodamente tendido en un mullido diván. Chuck Devon dijo algo entre dientes, quejándose del importuno que se atrevía a interrumpir su sagrado reposo, y alargó la mano hacia el aparato, situado en una mesita baja, junto al diván.

—Lo siento, Sandie, pero hoy estoy ocupado...

—Deploro tener que sacarle su error, señor Devon —dijo una voz femenina—, pero no me llamo Sandie. Mi nombre es Lilian Baird y deseo concertar una entrevista con usted.

—Lilian Baird —repitió Devon—. Ese nombre me suena. ¿Dónde lo he oído yo?

—Señor Devon, no se haga el gracioso. Usted y yo nos conocemos bastante bien.

—Para infortunio mío, señorita Baird. Usted es la fuente de todas mis desdichas...

—No culpe a nadie de lo que debe a usted mismo y a sus execrables procedimientos —exclamó Lilian enérgicamente—. Su forma de actuar en el caso Bannald no se puede llamar precisamente ética.

—Señorita, por su profesión, usted debe conocer bien a Bannald. Lo que yo hice, no importa qué ni cómo, sirvió para probar su culpabilidad. Pero sus artículos sirvieron para causar mi ruina.

—Tenía que publicarlo así, tal como era...

—Un poco de discreción, no habría estado de más —cortó Devon—. Si mal no recuerdo, ha dicho que quería hablar conmigo.

—Así es, en efecto.

—Entonces, ya ha hablado. ¡Buenas tardes!

Devon alargó el brazo y dejó el aparato en la horquilla. Se puso otra vez las manos sobre el vientre y cerró los ojos.

Pero ya no podía conciliar el sueño. La inesperada llamada de la periodista le había desvelado.

—Maldita entrevista —masculló.

Por su culpa le habían retirado la licencia de detective privado. Ahora, para subsistir tenía que hacer verdaderos equilibrios.

No se quejaba tampoco, por otra parte. Aquella profesión, que tanto le había entusiasmado al principio, había acabado por hastiarle.

Se veían demasiadas cosas sucias. Y las ganancias no compensaban, a veces, los sinsabores recibidos.

—Pero una cosa es dejar el oficio por uno mismo y otra cosa es que le echen a patadas a la calle... —masculló, mientras se ponía en pie para dirigirse al lavabo.

Se refrescó la cara un poco y luego se vistió. Salió a la calle e inmediatamente percibió el olor salino que subía del puerto.

Torció el gesto.

—Pesquerías Gallatin, Naviera Gallatin, Transportes Gallatin... Sólo falta añadir Atmósfera Gallatin —rezongó.

Un vendedor de periódicos voceaba su mercancía. Devon sacó una moneda y compró un ejemplar.

Paseó la vista por las páginas impresas. Bah, las noticias de costumbre. En lo internacional, todo se repetía con abrumadora monotonía, salvo, quizá, algún cambio de nombre.

Examinó las páginas de sucesos. Se citaba el hallazgo del cuerpo de un sujeto, identificado como Barry Folstrom, tripulante del *Quick Cloud*, al parecer ahogado por haberse caído al mar accidentalmente, a pocas millas de la costa. El hallazgo del cuerpo se debía a un pescador, llamado Martín González, a quien se le había enredado en sus redes. No era una noticia como para llamar demasiado la atención de Devon.

Siguió su camino. Un cuarto de hora más tarde, divisó la muestra de una taberna, ya cerca del puerto: El Ganso Cantante.

Devon sonrió. El nombre del local era una prueba del excelente humor de la propietaria.

Entró en la taberna. A media tarde, la clientela no era muy numerosa.

Se acercó a la barra. Una *barmaid* se dispuso a atenderle. En el mismo momento, sonó una voz femenina, cálida, de acentos aterciopelados.

—Deja, chica; yo atenderé al caballero.

Devon sonrió.

—Hola, Cathy —saludó.

Cathy Mac Cabe era la dueña de la taberna, una vistosa pelirroja, de ojos verdes y senos opulentos. A Cathy le gustaban los grandes escotes; tenía motivos de sobra para lucir sus encantos.

—Hacía siglos que no se te veía por aquí, Chuck —dijo, mientras llenaba un vaso vacío.

—He tenido trabajo —se disculpó él.

—No sabes mentir —sonrió ella, a la vez que se acodaba en el mostrador—. ¿Cuándo fue la última vez que trabajaste, Chuck?

—¿Por qué dices cosas desagradables, Cathy? —Devon tomó un trago y chasqueó la lengua—. Está muy bueno —aprobó.

Cathy le miraba con fijeza.

—Chuck, no nos engañemos. ¿Por qué no aceptas el empleo que te propongo? —inquirió.

—Pero, Cathy...

—No seas orgulloso. El orgullo no llena la tripa. Aquí tendrías un buen empleo y un sueldo excelente. ¿Qué te ocurre? ¿Consideras que un abogado no puede rebajarse a dirigir una taberna? Es un magnífico negocio, Chuck.

—Ya lo sé...

—Y yo estaría en casa. —Cathy se irguió y se ahuecó el pelo, a fin de hacer resaltar las rotundas turgencias del pecho opulento—. Como toda una señora —agregó.

Devon recorrió con la vista el espléndido cuerpo femenino que tenía ante sí. Cathy estaba loca por él, era cierto, y casándose con ella, resolvería todos sus problemas económicos.

Pero... por ahora se sentía mejor libre. No se podía negar que, como mujer Cathy tenía poco que envidiar a otras. Le bastaría chasquear los dedos para que ella se rindiese incondicionalmente.

¿Por qué no se atrevía a dar aquel paso, en apariencia tan sencillo? Se preguntó.

—Habaremos de eso en mejor ocasión —se disculpó—. Y ahora, gracias, pero tengo que irme...

—Espera un momento —pidió ella—. Al menos, despídete de mí, dándome la mano, Chuck.

—Claro, eso cuesta poco —rió él.

Las dos manos se juntaron. Devon sintió en la suya un contacto inconfundible.

—Ah, eso no —protestó con vehemencia—. Hasta ahí podríamos llegar.

—Acéptalo, idiota. Estás sin trabajo, sin dinero... y cualquier día te echarán a la calle, por no pagar la renta del piso. ¿A quién pretendes engañar, tonto?

Devon se sonrojó violentamente.

—Pero, Cathy... —dijo de mala gana.

—Escucha —cortó ella—. Tengo planes para mi local. Quiero ampliarlo, darle otro aire, transformarlo, en suma. Necesitaré no sólo un gerente, sino un asesor legal. Tú podrías ser ambas cosas si quisieras, Chuck. ¿Por qué me obligas a buscar a un desconocido, del que ignoro los resultados que me dará?

Devon vaciló. Fue a decir algo, pero, de repente, entró una mujer en la taberna.

Los ojos del joven siguieron a la recién llegada hasta la puerta que comunicaba con el departamento de reservados. Devon no pudo contener una exclamación de sorpresa:

—¿Qué diablos hace aquí Lilian Baird?

CAPÍTULO II

—Tú la conoces, ¿no es cierto? —dijo Cathy.

Devon torció el gesto.

—Demasiado —contestó—. Con sus informaciones sobre el caso Bannald consiguió que me retirasen la licencia de detective privado, lo que significó mi mina.

—Conozco el caso —musitó Cathy pensativamente—. ¿Sabes?, lleva varios días viniendo a mi local.

—¿A qué, Cathy?

La pelirroja se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió—. No acostumbro a preguntar a mis clientes qué hacen en los reservados. Pero ¿por qué te interesa tanto esa chica?

—Me llamó esta tarde. Dijo que quería hablar conmigo. La envié al diablo, Cathy.

—Estás resentido con ella, ¿eh?

—El caso Bannald hubiera quedado igualmente resuelto sin necesidad de añadir cosas sobre mí. A la policía no le gustó y perdí mi licencia de detective.

—Seguramente, la Baird quería demostrar que era una buena periodista, Chuck.

—Podía haberlo demostrado mejor, averiguando si La Máscara de Hierro era o no el hermano gemelo de Luis XIII —bufó Devon, todavía irritado.

Dos corpulentos marineros se dirigieron al departamento de reservados. A Cathy le hizo gracia la salida de Devon y se echó a reír.

—Y bien —dijo poco después—, ¿qué contestas a mi proposición?

Devon contempló melancólicamente los tres billetes de veinte dólares que, muy bien doblados, le había puesto en las manos la pelirroja.

—¿Cuáles son tus planes? —preguntó.

Los ojos de Cathy brillaron de alegría. Movié una mano y dijo:

—Ven aquí, te lo diré mejor en una mesa. La gente empieza ya a

llegar y dentro de nada, el mostrador estará atestado.

Durante largo rato, Devon y Cathy estuvieron discutiendo los pros y contras del proyecto. Al cabo casi de una hora, él dijo:

—Cathy, tendrás que permitir que me lo piense con detenimiento. Hay algunas cosas que me gustaría estudiar más a fondo.

—Lo que quieras, con tal que digas que sí —accedió ella misma.

—¡Hum! No cantes victoria todavía, Cathy. —Devon miró a su alrededor—. ¿Ha salido la periodista?

—No, es decir, me parece que no —respondió la pelirroja—. ¿Todavía te interesas por ella? —preguntó, algo despechada.

—Me gustaría saber para qué me buscaba —contestó él—. Soy algo curioso, ¿sabes?

Se puso en pie y avanzó hacia la puerta que daba al departamento de reservados. De pronto, oyó algo que le pareció un quejido.

—¡Cathy, ven! —llamó.

La pelirroja corrió hacia él. Devon buscó por las puertas. Súbitamente, una mano llena de sangre asomó al corredor.

Cathy lanzó un grito de espanto. Devon terminó de abrir y contempló un cuadro horrible.

Lilian Baird yacía en el suelo, sin una sola prenda de ropa sobre su cuerpo, en el que aparecían señales rojas por todas partes. Su cara era una máscara de sangre; tenía los ojos tumefactos, cerrados por completo, y los labios hinchados, partidos en un par de sitios.

—Avisa a un médico, pronto —pidió él.

Lilian gemía sordamente. Devon la levantó en brazos y la llevó a un diván, donde la depositó. Luego recogió los harapos a que habían quedado reducidos sus vestidos y cubrió un poco aquel maltratado cuerpo.

—¿Qui..., quién es? —preguntó débilmente.

Devon se estremeció de horror. A Lilian le faltaban tres o cuatro dientes, saltados seguramente a puñetazos.

—Chuck Devon —dijo.

—Oh —sollozó la periodista—. Fueron ellos... los marineros...

Devon recordó en el acto los dos marineros que habían entrado en los reservados minutos más tarde que Lilian.

—¿Por qué? —preguntó.

—Vaya a mi casa... En el pie de alabastro de la lámpara grande...

Lilian dejó de hablar súbitamente. Devon creyó que había muerto y

le puso una mano sobre el pecho. El corazón de la periodista latía aún.

Cathy se asomó a la puerta.

—¿Ha muerto? —preguntó.

—No, está desmayada solamente, pero su estado es crítico.

—El médico vendrá enseguida. También he avisado a la policía, Chuck.

—Has hecho bien —aprobó Devon—. No sé si saldrá adelante, Cathy.

Ella lanzó una exclamación de horror.

—Han hecho perrerías con esa pobre mujer —dijo Devon—. Pero ¿cómo no hemos oído sus gritos?

—Los reservados están insonorizados, Chuck. Ni un disparo se escucharía aquí —respondió Cathy.

—Lilian ha hablado un poco. Mencionó a dos marineros... ¿Los recuerdas?

—Sí, vi entrar a una pareja, pero no le presté ninguna atención. Pasa a menudo, Chuck.

—Ya me lo imagino. ¿Los conoces?

Cathy hizo un gesto negativo.

—Viene demasiada gente a mi local —respondió.

Un hombre, que portaba un maletín negro en la mano, llegó en aquel instante. En la calle se escuchó el agudo aullido de una sirena policial.

Mientras el galeno atendía a la infeliz periodista, Devon esforzó su memoria. Procuró recordar a los dos marineros. Uno de ellos le parecía vagamente conocido. Sí, aquella cicatriz bajo el mentón, en el lado izquierdo, ¿dónde la había visto él antes?

* * *

Delante de la puerta, Devon hizo saltar una llave en la palma de la mano. Era la del piso donde vivía la periodista.

Lilian Baird estaba en el hospital. Su estado era muy grave, aunque los médicos confiaban en salvar su vida.

Devon introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. Abrió la puerta, cerró a sus espaldas y tanteó en busca del interruptor de la luz.

Contempló la sala, amplia, elegante, dividida en dos partes, por hallarse el suelo en dos planos, con una diferencia de poco más de un metro. En la mitad del fondo, más elevada, había una elegante barandilla de protección y se accedía a ella por una escalera de cinco o seis peldaños.

Los muebles eran muy elegantes, más que lujosos. La decoración mostraba el exquisito gusto de Lilian Baird.

Devon paseó la vista por los cuadros y dibujos colgados de las paredes. Algunos parecían de valor. Se preguntó si serían auténticos.

En uno de los rincones, entre dos cómodos sillones, había una gran lámpara, cuyo pie era de alabastro. Devon recordó las palabras de la periodista y se acercó a la lámpara.

El pie era muy grueso y pesado, tallado el alabastro en columna salomónica, con motivos mitológicos, alternados con pámpanos y racimos de uva. Era, casi, lo único pretencioso de la decoración.

Agarró el pie y lo ladeó, apoyándolo sobre uno de los sillones. Luego se arrodilló y empezó a buscar, ayudándose con la mano, ya que la columna de alabastro estaba hueca. De pronto, notó una llave pegada al interior con una tira de papel adhesivo.

Desprendió la llave y la hizo saltar en la palma de la mano. Parecía la de un maletero de alquiler en alguna estación de ferrocarril.

—O de autobuses o de un aeropuerto —musitó.

Y entonces fue cuando sonó una voz a sus espaldas:

—Por favor, ¿quiere darme lo que ha encontrado?

Todo el cuerpo de Devon, aún arrodillado, se puso rígido. ¿Cómo había entrado el tipo en el piso?

El «cómo» era lo de menos. Estaba allí y, a juzgar por sus palabras, armado.

Lentamente, se puso en pie y dio la vuelta. El hombre vestía un impermeable claro, con cinturón, y se cubría con sombrero de ala caída sobre los ojos. En la mano llevaba una pistola de grueso calibre.

Su mano izquierda se movió de nuevo.

—Vamos, dímelo —pidió.

Devon entornó los ojos. Una mujer había estado a punto de morir. Indudablemente, Lillian Baird estaba haciendo una investigación de importancia. Había alguien a quien no le convenía que la

investigación siguiera adelante.

—Está bien —dijo—. Ahí va.

La llave describió una pequeña parábola y cayó a un metro de los pies del intruso quien, adelantando una pierna, alargó la mano izquierda para recogerla.

En el mismo momento, un sillón resbaló velozmente por el pulido *parquet* y alcanzó al intruso en el hombro haciéndole perder el equilibrio. Cayó, girando hacia su izquierda y, en los movimientos instintivos que hizo para sostenerse, perdió la pistola.

Devon saltó sobre él y se arrojó a su mano izquierda, para quitarle la llave. Un puño, que parecía de hierro, le golpeó en el hombro, dejándoselo entumecido.

Devolvió el golpe, sin grandes efectos, al parecer. El intruso, que le resultaba perfectamente desconocido, parecía muy empeñado en no soltar la llave.

Durante unos instantes, los dos hombres forcejearon, sin ganar ventaja el uno sobre el otro. De pronto, Devon creyó encontrarse en posición favorable.

Nunca lo había hecho, porque no lo había practicado jamás. Pero lo había visto en películas y leído en novelas y pensó: «A ver qué tal me sale a mí».

Y lo hizo. El filo de su mano derecha golpeó la nariz de su adversario, de cuyos labios brotó un aullido de dolor. No fue un golpe demasiado certero, de lo contrario, lo habría matado instantáneamente, pero a Devon le pareció que le había roto el caballete de la nariz.

El hombre retrocedió, tambaleándose a causa del dolor. Devon le pegó un brutal puntapié en la ingle y lo derribó de espaldas, casi sin conocimiento.

La llave brillaba sobre el entarimado. Devon se agachó y la recogió, sin obstáculos. Luego giró sobre sus talones y abandonó el departamento, diciéndose que el asunto parecía más serio de lo que había creído en un principio.

Una vez en la calle, llamó al

Sailor's

Hospital. Preguntó por la periodista y le contestaron que hasta pasadas veinticuatro horas no le permitirían las visitas.

Devon agradeció la información y colgó. Debería esperar, a menos

que consiguiese averiguar antes a qué centro pertenecía la llave.

* * *

—¿Por qué la apalearon? —preguntó Cathy al día siguiente.

—Está haciendo alguna investigación. Hay alguien a quien no le conviene que siga adelante —respondió Devon.

—¿Quién, Chuck?

Devon se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió—. Sólo sé que es importante. Anoche me atacaron en su propia casa.

Cathy se sobresaltó.

—¿Cómo? ¿Fuiste a casa de la periodista?

—Sí. Mientras tú llamabas al médico, ella me dijo que buscase en el pie de una de sus lámparas. Encontré la llave de un maletero de alquiler, en alguna consigna de aeropuerto o estación de ferrocarril. Entonces fue cuando el tipo quiso quitarme la llave.

—¿Y lo consiguió?

—No. Yo la tengo todavía, pero si no se la doy, me pega un tiro. Lo que pasa es que se distrajo y...

Devon relató su pelea con el desconocido. Cathy se puso pálida.

—¡Chuck! ¡Deja ese asunto inmediatamente! —ordenó—. Está quemando, ¿sabes?, y yo no quiero que te pase nada...

—Gracias por tu interés hacia mí, pero me ha entrado mucha curiosidad de repente —sonrió Devon.

—La curiosidad es perniciosa, a veces.

—No cites supuestos refranes, que son inciertos en la gran mayoría de las ocasiones. Yo creo que la curiosidad, bien dosificada, es útil —contestó él—. Y, a propósito, ¿quién podría decirme a qué centro de transportes corresponde la llave?

Cathy alzó los brazos.

—Está bien, idiota —clamó—. Sigue adelante y ya enviaré una corona de flores el día en que te peguen cuatro tiros. El hombre a quien busca es Paddy, *El Hurón*. Míralo, allí está —señaló ella con la mano.

—Gracias, nena —dijo Devon. Y, separándose del mostrador, se acercó al sujeto mencionado.

El Hurón le miró con suspicacia. Era un tipo delgado, de mediana

estatura, ojos diminutos, pero perspicaces y nariz muy afilada.

—Hola, Paddy —saludó Devon—. ¿Una copa, sugirió?

—No. Cinco pavos. El licor ya me lo pagaré yo —contestó el soplón.

—Me conoces, ¿eh? —dijo Devon, riendo.

—Tengo ese honor —respondió Paddy—. ¿De qué se trata?

Devon puso delante de Paddy la llave encontrada en el piso de Lilian. El confidente entornó los ojos.

—Estación de autobuses de la Greyhound —dijo.

—Gracias, Paddy. —De repente, Devon se acordó de una cosa y añadió—: Otra pregunta, por favor.

—Cinco dólares más —exigió el soplón, inflexible.

—Vaya —respingó Devon—. Cobras como los médicos, por consulta. ¿Y si no lo sabe?

—Le enviaría a... otro «médico» —respondió Paddy, muy serio.

Resignado, Devon sacó otros cinco dólares. Se estremeció, porque el dinero del préstamo de Cathy disminuía peligrosamente.

—Es un tipo muy alto, robusto, de pelo rubio y cabeza cuadrada, con una pequeña cicatriz en el lado izquierdo de la mandíbula —dijo.

—Tex Sullivan —contestó El Hurón sin titubear.

—¿Incluye en el precio de la consulta el lugar donde puedo encontrarlo o debo pagar de nuevo?

El Hurón rió sin entusiasmo.

—Se lo diré gratis.

Mickey's

Bar —contestó.

—Gracias.

Devon se puso en pie. El Hurón levantó la mano.

—Un consejo de propina, Devon. Tex es un tipo muy peligroso —dijo—. Fortalece sus encías mascando remaches.

—Lo tendré en cuenta, Hurón —respondió el joven. Y se acercó al mostrador, para despedirse de Cathy, en cuyo rostro no aparecía la menor sombra de amabilidad.

CAPÍTULO III

El médico consultó su reloj y dijo:

—Cinco minutos, ni uno menos, señor Devon. Hay una enfermera en la décima planta. Ella le guiará al cuarto de la señorita Baird. Cuando usted llegue, ya estará avisada.

—Gracias, doctor. Dígame, ¿cómo está?

—Muy fastidiada y le costará reponerse, pero saldrá adelante —respondió el galeno.

—Gracias.

Devon se encaminó hacia el ascensor y marcó la décima planta. Cuando llegó arriba, la enfermera se hallaba ya en las inmediaciones del ascensor.

—Por aquí —indicó.

Momentos después, Devon entraba en la habitación donde se hallaba la periodista. Lilian tenía la cabeza casi completamente vendada y apenas si le quedaban libres los ojos y la boca.

—No lo olvide, cinco minutos —recordó la enfermera.

—Seré exacto —contestó el joven.

Se acercó a la cama. Lilian sintió la presencia de una persona y abrió los ojos, todavía amoratados.

—Hola, Devon —dijo con voz muy débil y, además, sibilante, a causa de los dientes que había perdido.

—¿Cómo se encuentra, Lilian?

Ella hizo un imperceptible movimiento de cabeza.

—Figúrese —respondió—. Tengo dolores en todo el cuerpo... Aquellos salvajes se despacharon a su gusto.

—¿Por qué, Lilian?

—Una investigación... para una serie de reportajes. Contrabando de esmeraldas... desde Colombia...

—¡Caramba! ¡Tan importante es! —se asombró.

—Millones. Pero lo peor de todo es que ya han cometido un asesinato... Barry Folstrom. Se enroló como marinero en el *Quick Cloud* y lo tiraron al agua. Hacíamos juntos la investigación...

Devon recordó la noticia leía sobre el marinero encontrado muerto

por un pescador.

—De modo que Folstrom y usted hacían juntos el reportaje.

—Sí. Barry consideró conveniente hacer un viaje, a fin de obtener más detalles. Ya no regresó a Calder Harbour.

—Entiendo.

—Devon, yo le perjudiqué mucho... Lo siento de veras. Siga usted adelante... ¿Ha ido a la estación de autobuses?

—Todavía no. He preferido venir a verla antes a usted.

—Allí encontrará algo muy interesante... Todas mis notas... Faltaba añadir sólo el resultado de la investigación del pobre Barry... También hallará algo de dinero. Lo tenía preparado por si lo necesitaba de pronto y no podía ir a un Banco...

—Lilian, usted está fatigándose demasiado —dijo Devon—. Vamos a dejarlo ya. Sólo quiero hacerle una última pregunta. ¿Reconoció a sus agresores?

—No, nunca los había visto antes de ahora. Yo estaba citada allí con Martín González, el pescador...

Devon palmeó suavemente una de las manos de la periodista.

—Descanse y cúrese, Lilian —deseó.

Abandonó el cuarto. La enfermera le acompañó hasta el ascensor. Una vez en la calle, Devon vaciló. ¿Debía ir a la estación de autobuses o era preferible entrevistarse antes con Tex Sullivan?

* * *

El hombre vestido de blanco, con unas gafas ligeramente ahumadas y las gomas del fonendoscopio asomando por uno de sus bolsillos, terminó de subir el tramo de escalera que separaba la novena de la décima planta y alargó el cuello para mirar al pasillo.

La enfermera de guardia se hallaba al fondo, escribiendo algo ante su pupitre. Pisando de puntillas, el supuesto médico atravesó el corredor y se acercó a una de las puertas.

Abrió con todo cuidado y exploró el cuarto. Había una tenue iluminación. Lilian Baird parecía dormir apaciblemente.

El hombre entró y cerró con todo cuidado. Sin hacer el menor ruido, se acercó a la ventana y la abrió. Asomó medio cuerpo y miró hacia abajo.

Había cemento al pie del edificio, una faja de tres metros. A partir

de allí, se iniciaba la zona verde del hospital, suelo con césped. Satisfecho, se volvió hacia el centro de la habitación y se acercó a la cama. Lilian Baird abrió los ojos en aquel instante. El puño del falso médico se abatió sobre la frente de la periodista, dejándola sin conocimiento instantáneamente. Acto seguido, el individuo apartó a un lado las ropas de la cama y la alzó en brazos. Regresó junto a la ventana. Hizo un ligero esfuerzo y el cuerpo de Lilian pasó a través del hueco, para iniciar el viaje que concluía diez pisos más abajo. Cuando salió de la estancia, la enfermera continuaba en su misma posición, sin haberse enterado de nada. Satisfecho, el falso médico cruzó el pasillo y descendió a la novena planta. Allí tomó el ascensor y bajó hasta la recepción, en donde ya había un jaleo más que regular. La confusión sirvió a los fines del asesino, que pudo escapar sin que nadie reparase en él.

* * *

La elección recayó sobre la estación de autobuses. Tex Sullivan podía esperar. El taxi que tomó, dejó a Devon en las inmediaciones de su objetivo. Devon ordenó al conductor que le aguardase y se dirigió inmediatamente a la consigna. Por el número de la llave, encontró el maletero. Lo abrió y vio un portafolios de piel negra, bastante abultada. Abrió la cartera. Había numerosos papeles y un pequeño fajo de billetes, unos quinientos dólares. Sin el menor escrúpulo, se guardó el dinero y cerró la cartera. Ya leería los documentos en casa. Abandonó la consigna. Subió al taxi y le dio su dirección. Un cuarto de hora más tarde, se apeaba frente a su domicilio. Pagó la carrera, entró en la casa y subió al tercer piso, donde tenía su departamento. Abrió la puerta y dio un paso, enterándose demasiado tarde de que alguien le esperaba agazapado en las sombras. Una cosa dura le golpeó en el cráneo y perdió el conocimiento instantáneamente. El emboscado se inclinó, recogió el portafolios y se marchó sin hacer ruido, cerrando cuidadosamente. Devon ya no se enteró de lo

que sucedía.

* * *

La cabeza le dolía aún horriblemente por la mañana. Además, sentía una gran frustración.

—Todo lo que he sacado es un dolor de cabeza y quinientos dólares —se dijo, mientras trataba de rebajar el volumen del chichón a base de agua fría.

Al cabo, más calmado, se vistió y tomó un par de tazas de café, a las que añadió dos aspirinas. Se preguntó qué debía hacer, ya que no tenía la menor idea de quién podía haber sido su asaltante.

De pronto llamaron a la puerta.

Devon miró hacia la entrada. La llamada se repitió.

El joven se levantó y atravesó la sala. Abrió la puerta y parpadeó al ver a la hermosa muchacha que tenía frente a sí.

—¿Señor Devon? —dijo ella.

—Sí —contestó el joven.

—Soy Amy Gallatin. ¿Puedo pasar?

Devon se apartó a un lado.

—Entre, aunque habrá de disculpar el desorden propio de una habitación de soltero —dijo.

Amy sonrió ligeramente.

—No se preocupe —contestó.

Era una muchacha alta y muy esbelta, de pelo oscuro y ojos grises. Vestía con sencillez, pero Devon apreció que su ropa era muy cara.

—Siéntese, por favor —invitó.

—Gracias.

Amy cruzó las piernas y abrió su bolso de costosa piel negra. Sacó una pitillera y se puso un cigarrillo en los labios. Devon se lo encendió y aceptó el que ella le ofrecía.

—¿Y bien, señorita Gallatin?

Amy expulsó el humo.

—Quiero encomendarle una investigación, señor Devon —manifestó.

—Temo que se equivoca de hombre, señorita. No soy detective.

—Lo sé. Pero no me importa. Creo que es la persona adecuada para ello.

Devon sonrió amargamente.

—Usted leyó los reportajes que publicó Lilian Baird, ¿no es cierto?

—dijo.

—Sí, lo admito. Pobre chica, cuándo lamento lo que le ha pasado.

—Deplorable, en efecto. Pero se curará.

Amy le miró sorprendida.

—¡Señor Devon! Usted no ha leído el periódico —exclamó.

—Lo confieso —dijo él—. ¿Qué sucede?

—Lilian Baird se tiró desde la ventana de su cuarto. Diez pisos.

Ocurrió a la medianoche, poco más o menos.

Devon se sentó en una silla, repentinamente desmadejado.

—¿Es cierto? —preguntó.

—Sí. Puede comprobarlo cuando compre...

El agitó una mano.

—La creo, señorita Gallatin —dijo—. Pero ¡es una noticia tan sorprendente! Abrumadora, está mejor calificado.

—Es curioso. Parece que se siente muy afectado por esa muerte, cuando otro, en su lugar, si no alegría, sentiría al menos indiferencia.

—No es cosa ahora de hacer comentarios —declaró él, rehaciéndose poco a poco—. Hablábamos de usted, creo.

—Y de la investigación que quiero encomendarle, señor Devon.

—La policía me retiró la licencia de detective.

—Lo sé. A pesar de todo, sigo considerándole como el hombre adecuado para lo que yo quiero.

Amy abrió el bolso y extrajo un grueso fajo de billetes.

—Dos mil dólares —dijo.

—¡Caramba! —Devon respingó—. ¿Por qué tanto dinero?

—Necesito que los informes que usted me dará de cierta persona sean absolutamente verídicos —contestó ella—. Es probable que tenga que hacer muchos gastos. Si se le acaba el dinero, llámeme por teléfono y le entregaré más. No quiero que por falsas economías me quede yo sin probar mis afirmaciones.

—¿Afirmaciones?

—Sí. Se trata de Ross Oyster. Mi padre dice que es un cazadotes. Yo sostengo que es un hombre honrado y decente. Tiene una buena posición, pero no es millonario. Mi padre dice que debo casarme con un hombre de mi clase.

Devon sonrió.

—Para ciertas cosas, el señor Gallatin, tan acometedor en los negocios, en los cuales ha conseguido grandes progresos, es, sin embargo, un retrógrado.

—Debo admitirlo, aunque se trate de mi padre. Yo quiero, sinceramente a Oyster y deseo casarme con él. Pero mi padre, insisto, opina todo lo contrario.

—El clásico conflicto generacional —observó Devon—. ¿Se sentirá dispuesto su padre a aceptar las pruebas de la honradez de Oyster?

—Bastará con que las tenga yo. No es que dude de Ross, pero con ellas en la mano, podré desafiar a mi padre.

—Ya entiendo. Sin embargo, no le garantizo los resultados...

Amy se puso en pie.

—Usted lo conseguirá —afirmó, a la vez que le tendía la mano.

—Ojalá pueda confirmar su optimismo —dijo él.

La muchacha se encaminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró a Devon.

—Le ha afectado mucho la muerte de Lilian Baird, ¿no es cierto? —dijo.

—Bastante —admitió él.

—Es curioso. Ella arruinó su carrera...

—Soy joven. Puedo rehacerme, señorita Gallatin.

—Me pregunto por qué la apalearon tan brutalmente. ¿Lo sabe usted?

—Lilian realizaba una investigación peligrosa para alguien. Por eso remataron su obra, defenestrándola.

—Las noticias hablan de suicidio...

Devon sonrió amargamente.

—Es una solución muy cómoda para encubrir un asesinato, señorita Gallatin —contestó.

CAPÍTULO IV

Cathy Mac Cabe puso una copa delante de Devon y dijo:

—Eres un tonto de marca, Chuck. ¿A qué diablos te metes en esos jaleos? ¿No ves que puedes dejarte el pellejo en la empresa?

Devon entrecerró los ojos.

—Cathy, tengo la impresión de que tú eres una mujer muy práctica. Nunca te casarías con un artista, sino con un hombre que tuviese el porvenir asegurado. Llevarías al dedillo los gastos de la casa, tus hijos marcharían siempre derechos como una vela y a tu marido le harías descalzarse antes de entrar en casa, para que no te manchase el suelo con sus zapatos embarrados. ¿No es así como piensas?

—Chuck, soy práctica, pero hasta cierto punto —le contestó ella—. Me gusta la seguridad en todo y no me agrada luchar contra molinos de viento. Pero también me gusta divertirme y amar a un hombre...

—Que tiene la sesera vacía, ¿verdad? Lo siento, nena; me ha picado el microbio de la curiosidad. Lilian me dijo que era un asunto de millones.

Cathy se asombró.

—¿Millones, Chuck?

—Sí. Contrabando de esmeraldas. Su compañero, Barry Folstrom, también fue asesinado. Iba de marinero en el *Quick Cloud*...

—Y tú quieres continuar adelante, ¿no es cierto?

Devon vació la copa.

—Me siento obligado a ello —contestó.

—Lilian te destrozó. No tienes ninguna obligación hacia ella, y menos cuando ya se han cometido dos asesinatos. No quiero que te pase nada, ¿lo entiendes?

—Empiezas a perder puntos en mi estimación, Cathy —respondió Devon fríamente—. Yo creí que te gustaría que se hiciese justicia. Puedo pasar por lo del contrabando de esmeraldas es un asunto que, a fin de cuentas, sólo involucra dinero. Pero no cuando ya se han cometido dos asesinatos, Cathy.

—Es que yo no quiero que se cometa el tercero, cabezota —protestó

ella con vehemencia.

—No habrá tercer asesinato —aseguró él con firmeza—. Y ahora, dispénsame estoy viendo a el Hurón y quiero hablar con él.

—¡Condenado Chuck! —le apostrofó Cathy, enfurecida. Pero Devon ya no la oía.

El Hurón le miró con recelo al ver que se sentaba frente a él.

—¿Qué quiere ahora, Devon? —preguntó.

—Voy a ofrecerte un empleo, Hurón —manifestó el joven—. Quinientos dólares por un trabajo..., pero tendrá que ser trabajo fino y de confianza.

—Devon, no me proponga «apiolar» a un trío. Eso no va conmigo —respondió el confidente con acritud.

—Paddy, liquidar a un hombre es lo último que yo te propondría. Ni a ti ni a ningún otro. Sólo quiero informes, abundantes y exactos. Procura ser breve, pero si tardas, no importará, con tal de que lo hagas bien.

El Hurón se frotó la mandíbula.

—¿Ha dicho quinientos? —preguntó.

Devon sacó billetes y empezó a contarlos.

—Eso he dicho —confirmó.

—De acuerdo. ¿Quién es el tipo, jefe?

—Ross Oyster, Hurón.

Devon no encomendó discreción al confidente. El Hurón era discreto; lo exigía su oficio.

* * *

Antes de acudir al

Mickey's

Bar, Devon se proveyó de un artefacto que esperaba le resultara útil. Era fuerte, pero no podía compararse físicamente con Tex Sullivan.

El

Mickey's

Bar era de una categoría notablemente inferior al local de Cathy. Estaba situado mucho más cerca del puerto y su clientela tenía un rango muy distinto. Mientras se acercaba a su destino, Devon podía ver las luces de los faroles de los muelles y de los barcos atracados,

envueltas en un halo de humedad que afloraba del océano.

Entró en la taberna. No había demasiada gente a aquellas horas, Para la ocasión, Devon se había puesto un traje de sarga azul y un *pullover* negro, de cuello alto; de este modo, no desentonaba demasiado en aquel ambiente.

Eligió una mesa y se sentó. Una mujer de unos treinta años, de senos generosamente contorneados y cara muy pintada, puso una mano en la mesa y la otra en una de sus pomposas caderas.

—¿A qué me invitas, buen mozo? —preguntó.

Devon extendió una mano.

—Siéntate y pide —contestó—. Me llamo Chuck.

—Yo soy Fanny —dijo ella.

Un camarero trajo una botella y dos vasos. Devon empezó a charlar con la mujer, sin perder de vista a todos los que entraban y salían.

Pasaron dos horas. Fanny se aburrió.

—No eres un tipo lo que se dice ameno —comentó.

—Lo siento, guapa —sonrió Devon.

Un hombre entró en aquel momento. Devon sintió un estremecimiento.

Ahora que lo contemplaba mejor, Sullivan le pareció un gigante poco menos que mitológico. ¿Cómo enfrentarse con él sin salir hecho pedazos de la entrevista?

Fanny se marchó. Devon quedó en el mismo sitio, con un codo sobre la mesa y la cabeza apoyada en aquella mano. Ahora que esperaba a Sullivan, no lo iba a dejar escapar.

Media hora más tarde, el gigante abandonó la taberna. Devon se puso en pie y salió tras él.

Tres manzanas más adelante, Sullivan entró en una casa. Devon se acercó al portal y escuchó atentamente.

Una puerta se cerró en el segundo piso. Devon subió las escaleras de dos en dos y, sin vacilar, tocó el timbre.

La puerta se abrió casi enseguida.

—¿Qué desea? —preguntó Sullivan hoscamente.

—Quiero hablar con usted, amigo —sonrió Devon. Sullivan vaciló.

—Voy a acostarme —dijo.

—No le entretendré mucho —aseguró el joven—. Se trata de un negocio de buenas perspectivas.

—A usted no le conozco. ¿Por qué tengo que tratar de negocios con

un desconocido?

—Porque le conviene, Tex.

—Usted sabe mi nombre. ¿Cuál es el suyo?

—Ransome —dijo Devon, citando el primero que le vino a la mente.

—Está bien, pero sea breve —cedió Sullivan, apartándose a un lado

—. ¿Qué clase de negocio?

—Lilian Baird.

Sullivan cerró de golpe. Durante unos instantes, lo contempló en silencio.

—No conozco a esa mujer —dijo.

—Me gustaría saber qué es lo que prefiere, Tex: ¡cien «pavos»... los cien palos!

El gigante se echó a reír.

—Usted..., pegarme a mí —se burló—. Es lo más gracioso que he oído en mi vida.

—Entonces, prefiere los palos —dijo Devon, muy serio.

—Lárguese. —Sullivan había dejado de reír—. Lárguese o...

—Reflexione: cien dólares.

Sullivan se dirigió hacia la puerta y apoyó la mano en el picaporte. Alto delgado y muy duro, pero también flexible, le golpeó con fuerza en los nudillos, arrancándole un grito de dolor.

El gigante pegó un salto y retrocedió, frotándose con la otra mano los nudillos afectados por el golpe. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Condenado, te voy a aplastar...

El trozo de cable de acero cayó sobre sus labios, arrancándole un segundo grito de dolor. Sullivan retrocedió, escupiendo sangre y maldiciones.

Devon golpeó de nuevo, ahora en la mano izquierda. El gigante sollozaba de rabia. Trató de atacar con una pierna, pero el cable le golpeó en la rodilla y, al poner el pie en el suelo, después del frustrado puntapié, flaqueó y cayó de rodillas.

Devon le acarició una oreja. Sullivan se inclinó. Devon dio un salto lateral y golpeó con todas sus fuerzas las salientes posaderas del gigante.

Sullivan cayó de bruces, sollozando como un chiquillo. Devon comprendió que había ganado el primer asalto por el momento.

El gigante y su compinche no habían sido unos esbirros. Le

interesaba conocer la identidad de la persona que les había ordenado apalea a Lilian.

Se lo preguntó. Sullivan dijo:

—Jared Fork.

—¿Dónde vive?

—Vineyard, doscientos.

—¿Os dio alguna explicación?

—No, sólo lo ordenó...

—Muy bien, ya me figuro que Fork no tenía por qué daros explicaciones, sino sólo ordenarlo. ¡Levántate!

Abatido, Sullivan se incorporó. El cable le golpeó dolorosamente en la nariz.

—En recuerdo de Lilian —dijo Devon al despedirse.

* * *

Devon se había arreglado ya y se disponía a salir, cuando alguien llamó a la puerta.

—El señor Devon, supongo —dijo.

—Ése soy yo, amigo. Pero si viene a pedirme algo, pierde el tiempo. Ahora mismo iba a salir...

—Lo siento, señor Devon —manifestó el desconocido—. Soy Neil Arthur, secretario personal de Ray Gallatin. El señor Gallatin desearía tener una entrevista privada con usted, en su residencia de Watch Promontory.

Devon arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Gallatin se interesa por mí? —exclamó.

Arthur se inclinó ligeramente.

—Tengo el coche abajo —manifestó—. Opino que la entrevista con el señor Gallatin no le perjudicará en absoluto, antes bien, le reportará sustanciosos beneficios.

Devon captó el singular énfasis que Arthur había puesto en las últimas palabras. Un sentimiento de curiosidad irrefrenable picó su ánimo y decidió aceptar.

—Estoy dispuesto, señor Arthur —declaró.

—Puede tener la seguridad de que la entrevista con el señor Gallatin le producirá grandes ventajas —insistió el untuoso secretario.

Los dos hombres bajaron a la calle. Devon parpadeó al ver el lujoso «Rolls-Royce» que aguardaba a la puerta.

El coche era de color negro, pero las manijas eran de oro puro. Un chófer, impecablemente vestido, abrió la puerta y los dos hombres se acomodaron en el asiento posterior. Devon percibió el sutil aroma a cuero legítimo y maderas caras que había en el interior del vehículo.

—A casa, George —indicó el secretario.

—Sí, señor Arthur —replicó el conductor de cara de palo.

Muy pronto abandonaron la ciudad y entraron en la carretera que bordeaba la gran bahía, esmaltada de construcciones, que daban al mar. El espectáculo, con sol radiante, era realmente atractivo.

La carretera ascendía, bordeando las colinas, cubiertas de verdor. Al cabo de casi treinta minutos, llegaron a un promontorio rocoso, situado en la parte septentrional de la bahía, a doscientos metros sobre las aguas.

El coche se detuvo un instante, sólo lo justo para que un portero con aspecto de guardián de presidio, abriese la enorme cancela que cerraba el extenso parque que rodeaba la posesión de Gallatin. Abierta la reja, el «Rolls» rodó silenciosamente por un sendero de gravilla, hasta detenerse ante un monumental edificio, de gusto artístico más que dudoso, pero que servía muy bien para definir la riqueza de su propietario.

Había un extenso césped y una gran piscina en el centro, con sillones, tumbonas y sombrillas de vivos colores. Un hombre, en traje de baño, escribía algo, sentado a una mesa, a pocos metros de la piscina.

Detrás de la casa se divisaba una vasta zona llana. Devon vio un aeroplano, blanco y rojo, de dos motores, muy veloz. Gallatin poseía allí su propio campo de aterrizaje, explanado tal vez a un costo exorbitante.

Gallatin tenía puestas unas gafas de color y no se había percatado de la presencia de los dos hombres. Arthur tosió un poco para llamar su atención.

—Señor Gallatin, el señor Devon —anunció.

Gallatin dejó de escribir. Se incorporó ligeramente y, con la mano izquierda se quitó las gafas de color. Devon vio entonces unos ojos con pupilas de brillo metálico. Eran señal de una indudable dureza

de ánimo. —Gracias, Neil— dijo. —Por favor, déjenos solos.

—Sí, señor.

El secretario se retiró. Los dos hombres quedaron solos.

—Así que usted es Devon —dijo Gallatin, tras unos segundos de observación de su huésped.

—Tengo el honor de llamarme así desde hace treinta y un años —contestó el joven sonriendo.

CAPÍTULO V

Había una mesita próxima, con abundancia de botellas y un cubo lleno de hielo. Gallatin preparó dos refrescos y ofreció uno al visitante.

—Usted fue en tiempos detective privado, profesional —dijo.

—Lo admito —contestó Devon.

—Conozco el caso. He tomado informes de usted.

—Me siento abrumado —sonrió Devon—. Un hombre de su importancia ha perdido el tiempo en un mísero e insignificante individuo. No logro comprender a qué debo tanto honor.

Gallatin se puso de nuevo las gafas de color.

—De modo que reconoce que soy un hombre de importancia —dijo.

—No lo digo yo, lo dice todo Calder Harbour, señor Gallatin.

—Sí, tengo algunos negocios de relativo volumen —admitió el financiero con aire de indiferencia.

—Que le permitan sostener una residencia digna de un sultán de las *Mil y una noches*.

—No está mal, ¿eh? —Gallatin sonrió, evidentemente halagado—. El panorama que se divisa desde aquí, es maravilloso. Venga y lo contemplará, señor Devon.

Al joven le dio la sensación de que Gallatin jugaba con él. «Gato y ratón», pensó. También pensó en el pajarillo fascinado por la serpiente, pero la fascinación que Gallatin ejercía sobre él era muy relativa.

Cincuenta metros más adelante, comenzaba el acantilado, un despeñadero de doscientos metros, en cuya basa rompían las olas. Devon vio un gran telescopio, con trípode montado sobre ruedas. Había algunos sillones, uno de los cuales estaba situado junto al telescopio.

Examinó el aparato óptico. Era de sesenta aumentos y poseía «zoom» eléctrico, alimentado por una batería situada en el trípode, cuyas patas podían extenderse o encogerse, a voluntad, según se quisiera mirar sentado o en pie, también por mecanismo eléctrico.

—Un buen artefacto para contemplar los barcos —dijo.

—Suelo venir aquí en alguna ocasión —admitió Gallatin—. Me gusta ver de lejos a mis barcos, cuando arriban a puerto. Había varias barcas pesqueras en las cercanías de la entrada a la rada. Otras se veían mucho más lejos.

—¿Cómo se maneja el aparato? —preguntó Devon.

Gallatin se lo enseñó cortésmente. Devon aplicó el ojo al ocular, admirándose de la nitidez de imágenes.

—Maravilloso —elogió, al cabo de unos instantes.

—Es un buen telescopio, en efecto —admitió Gallatin.

Devon se volvió hacia él.

—También he visto un aeroplano...

—A veces necesito desplazarme con rapidez. Por supuesto, tengo conexión directa con la torre de control del aeropuerto. Hoy día, uno no se puede lanzar al aire sin obtener la información precisa ni interferir, tampoco, los otros vuelos.

—Pero no deja de ser una comodidad tener el avión en la puerta de casa.

Sonriente, Gallatin se encogió de hombros.

—Ventajas del dinero —contestó.

—Debe de ser estupendo no tener que pensar en el fin de mes —suspiró Devon—. Aunque, a veces, también, tanto dinero ha de abrumarle a uno, creo yo.

—En mi caso, ya no es cuestión de acumular más dinero, sino de seguir dirigiendo mis empresas. Miles de personas dependen de mí, ¿comprende?

—Sí, desde luego. Pero ¿me ha llamado usted para hacer ostentación de su riqueza?

—No —contestó Gallatin—. Volvamos junto a la piscina.

Regresaron al lugar indicado. Junto a la mesa, sobre una silla, Devon vio una pequeña cartera negra.

—El asunto se refiere a mi hija Amy —dijo Gallatin—. Hace dos días estuvo a verle a usted, señor Devon.

* * *

Devon guardó silencio un instante. Casi se lo esperaba, aunque, hasta el último momento, había confiado en que Gallatin no mencionara aquel tema.

—No puedo negarlo —dijo al cabo—. Sí, ella me visitó.

—Y le encomendó una investigación.

—Está muy bien enterado de todos los pasos que da su hija, señor Gallatin.

—Es mi obligación, ¿no cree?

—Calculo que Amy tiene ya veintiuno o veintidós años. ¿Por qué no permite que ella elija libremente al hombre de su vida?

El rostro de Gallatin se endureció.

—Amy conoce muy poco de la vida..., pero tampoco tengo por qué darle a usted explicaciones sobre mi comportamiento —respondió—.

—Simplemente, deseo que no abandone la investigación sobre Oyster.

—¿Por qué? —preguntó Devon secamente.

—Hay dos buenas razones. La primera es que, aunque ella no lo crea así, yo ya tengo sobre Oyster todos los informes que deseo y necesito, más completos y exhaustivos que los que usted pueda obtener —manifestó Gallatin—. Y la segunda razón es...

Se inclinó, cogió la billetera y se la entregó al visitante.

—La segunda razón son diez mil dólares —concluyó.

Devon respingó en el primer instante. Luego fijó su vista en el rostro de su interlocutor, semioculto por las grandes gafas de color.

—Para usted, el dinero es una palanca que todo lo mueve —dijo al cabo.

—Y, ¿no es así? —contestó Gallatin despreciativamente.

La cartera voló por los aires y cayó sobre la tumbona nuevamente.

—Hay cosas que no se pueden mover ni con la más recia de las palancas —dijo Devon.

Gallatin apenas pudo ocultar un gesto de cólera.

—¿Rechaza mi oferta? —preguntó.

—Lo correcto sería decir que rehúso cumplir sus órdenes —contestó Devon tranquilamente.

—Usted perdió su licencia de detective privado...

—¿Hay alguna ley que prohíba preguntar a los amigos quién es y qué hace determinado personaje? Eso puede hacerlo cualquiera, ¿no le parece?

—¡Maldita sea! —gritó Gallatin, muy nervioso—. Se trata de mi hija...

—Precisamente lo hago por ella. Me gustan los jóvenes de hoy día.

Bueno, también yo soy joven —sonrió Devon—. Y no sé por qué ha de quejarse de Amy; hasta ahora, ella no ha hecho nada reprochable, a pesar de que tiene la edad suficiente para casarse con Oyster, sin necesidad de su permiso. Pero si ella quiere saber quién es Oyster y presentarle pruebas de que es un hombre digno de ser su yerno, ¿por qué impedirselo?

—¿Se lo ha dicho a Amy?

—Si sabe algo indigno de Oyster y no se lo ha dicho a Amy, obra mal. Y si Oyster es un hombre decente, no tiene por qué negarse a que él y Amy se casen —añadió Devon.

—Oyster sólo quiere mi fortuna...

—¡Anticuado! —se burló el joven—. Parece usted un padre de melodrama del siglo pasado.

La cara de Gallatin se puso roja. De pronto, comprendió que no le convenía enfurecerse y se serenó.

—Hemos terminado —dijo secamente—. Sólo deseo que no lamente usted haber rechazado mi oferta.

—Yo también lo deseo —convino el joven.

—¡Neil! —llamó Gallatin.

El secretario se hizo visible a los pocos instantes.

—¿Señor?

—Acompañe al señor Devon, Neil.

—Sí, señor.

Gallatin se volvió de espaldas. Devon pensó decirle algo como despedida, pero prefirió callar.

* * *

Martín González pereceaba en la cubierta de su barquito pesquero. Las redes habían sido caladas y sólo faltaba esperar el momento de izarlas a bordo, para recoger el fruto de su tarea.

La barca se balanceaba suavemente en un mar muy tranquilo. Martín vestía solamente unos pantalones viejos, iba descalzo y estaba desnudo de la cintura para arriba. Un sombrero algo deshilachado por los bordes servía para defender su cabeza de los ardores del sol.

Mientras aguardaba el momento de recoger las redes, Martín pensaba en la periodista que se había suicidado. Lástima no haber

podido verla aquel día en El Ganso Cantante; le hubiera podido dar una buena información. Pero aquel compromiso con su primo Ramón, de San Diego...

La periodista había aceptado de inmediato la entrevista. Pero la súbita llegada de su primo Ramón, le había impedido acudir. Y no tenía teléfono en casa para avisarla, así que...

Por encima de él, se percibía el tenue zumbido de los motores de un avión. Dentro de la cabina había dos hombres.

Ambos iban en mangas de camisa y se cubrían los ojos con sendos pares de gafas negros. Uno de ellos, además, usaba unos potentes prismáticos.

—Baje quinientos metros —ordenó.

—Sí, señor —contestó el piloto.

El aparato perdió la altura indicada. El observador se fijó especialmente en una barca pesquera que permanecía a la espera de recoger las redes.

—Baje otros quinientos metros y pase por la popa —dijo.

—Está bien.

El avión se alejó, descendió de nivel y, a la velocidad mínima de sustentación, pasó a cincuenta metros escasos de la barca de Martín y a veinte sobre el nivel del mar.

—¡Ése es! —exclamó el observador—. Páseme los mandos.

—¿Lo va a hacer usted mismo? —se asombró el piloto.

—¿Tan difícil es? —se burló el otro, a la vez que le entregaba los prismáticos.

Martín estaba un poco inquieto. ¿Por qué volaba aquel avión tan cerca de él?

El aparato se había alejado ahora unos centenares de metros, a la vez que ganaba un poco de altura. De pronto, Martín lo vio venir a él, ahora a toda velocidad, con gran estruendo de motores.

Algo chispeó en la proa del aparato, a la vez que se escuchaba un rapidísimo crepitar. El mar hirvió en espumas en torno a Martín, a la vez que saltaban astillas de la barca por todas partes.

Algo le azotó ligeramente el costado izquierdo. Martín bajó la vista y vio sangre.

—¡Madre de Dios! ¡Están ametrallándome!

Rugiendo de un modo atronador, el avión viró muy ceñido, se elevó, descendió de nuevo y tornó a la carga.

Las ametralladoras vomitaron de nuevo un torrente de balas. Esta vez, la descarga dio de lleno en la barca, que empezó a hacer agua por todas partes.

Martín se sentía aterrado. ¿Quién podía desear su muerte?

La barquilla, con el casco perforado por quince o veinte sitios a la vez, se hundía rápidamente. El instinto le dijo a Martín que su única salvación estaba en tirarse al agua.

Tenía un salvavidas y lo lanzó delante de él. Luego saltó y nadó hasta agarrarse al aro flotador. Martín no acababa de comprender bien lo que le sucedía.

El avión dio una pasada muy baja por encima de él y se alejó. Martín, respiró aliviado.

—No sé quién habrá hecho una cosa semejante, pero en cuanto vea al capitán de puerto...

Martín no pudo continuar con sus imprecaciones. Las ametralladoras del avión petardearon de nuevo.

Una doble hilera de surtidores de espuma se alzó en el mar, acercándose rapidísimamente a su blanco. Martín gritó y se contorsionó cuando el huracán de proyectiles sacudió su cuerpo.

Una bala le entró por la parte posterior del cuello, rompió su columna vertebral y le destrozó la garganta. Martín dejó de gritar y empezó a irse a fondo.

—Ése ya está listo —dijo el piloto.

Y el avión, concluida su mortífera tarea, se remontó, alejándose de aquel lugar en el que no quedaban más restos del naufragio que algunas tablas y un flotador, junto a algunas manchas de sangre que se diluían rápidamente.

CAPÍTULO VI

—Lo siento, señor —dijo Andrea González—. Mi esposo estará un par de días en el mar. Siempre suele hacerlo así.

Devon hizo un gesto de contrariedad.

—Me gustaría haber hablando con él —manifestó—. ¿Volveré mañana por la noche, señora?

—¿Es usted periodista? En tal caso, quizá sea amigo de la señorita Lilian —dijo Andrea.

Devon aguzó el oído al escuchar aquellas palabras. A la vez que sonreía, contestó:

—Sí, éramos bastante amigos. Probablemente, su esposo le habrá hablado algo del asunto que quería discutir con ella.

—Martín no me dijo gran cosa, pero me enseñó algo que encontró en las ropas del muerto que pescó con sus redes. Imagínese usted el susto que se llevó cuando sacó enganchado aquel cadáver... Naturalmente, lo primero que hizo fue registrarle para ver su documentación. Luego..., pero aguarde un momento, por favor —le rogó Andrea.

La mujer entró en un dormitorio y salió a poco con un objeto de color verde, del tamaño de un garbanzo, que sostenía con el índice y el pulgar. Devon casi se quedó sin aliento al contemplar aquella valiosa esmeralda.

—¿La encontró entre las ropas del muerto? —preguntó.

—Sí, y además una nota que decía que, en caso de muerte, se debía avisar a la señorita Lilian. Por supuesto, Martín lo hizo así, aunque, como es lógico, también avisó a la policía del puerto...

—¿Dijo a la policía algo sobre la esmeralda?

Andrea se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. Sólo puedo decirle que habló con Lilian por teléfono y que ella le recomendó que guardase la piedra. Eso es todo, señor Devon.

El joven hizo saltar la esmeralda en la palma de la mano. Andrea advirtió sus titubeos y agregó:

—Quizá Martín me reprenda, pero... llévesela usted, señor Devon.

En todo caso, vuelva aquí mañana por la noche.

—Así lo haré, señora —sonrió Devon—. Gracias por todo.

La esmeralda fue a parar a uno de sus bolsillos. Devon abandonó la casa de González, preguntándose si el contrabando de esmeraldas eran tan valioso como para justificar dos asesinatos.

De allí se dirigió a El Ganso Cantante. Uno de los camareros le informó que su dueña estaba en el despacho.

—La aguardaré, no tengo prisa —contestó Devon—. Sírrame una taza de café.

—Al momento, señor.

Devon se sentó en una mesa y encendió un cigarrillo.

Ahora meditaba en la forma mejor de abordar a Jared Fork. Había llamado ya un par de veces a su casa y el teléfono no había dado ninguna respuesta. Debía de estar ausente.

Ya le vería, no tenía gran prisa por el momento, decidió, mientras tomaba el café a sorbos.

Una silueta femenina se dibujó de pronto en la puerta. Amy Gallatin se quitó las gafas oscuras, a fin de habituar sus ojos a la lúu del interior del local, y exploró con la vista. Divisó a Devon y se encaminó hacia él sin titubear.

Devon, atónito, se puso en pie. Mientras lo hacía, pensó que era lógico que Ross Oyster estuviese enamorado de la muchacha.

Amy vestía un elegante conjunto, *sweater* muy ceñido, de manga corta, de rayas blancas y negras, y pantalones negros, que casi parecían mallas de bailarina. Un bolso a juego, con unos zapatos de tacón alto, completaba el conjunto, realmente atractivo.

—¿Sorprendido de verme aquí, señor Devon? —preguntó Amy, con la sonrisa en los labios.

—Sorprendido no, pasmado —contestó él—. Pero, siéntese, por favor.

—Gracias.

Amy aceptó la silla con graciosa naturalidad. Luego puso un codo sobre la mesa, apoyó la barbilla en la mano y miró fijamente al joven.

—Ha estado hoy en mi casa, creo —dijo.

El camarero, a petición de Devon, trajo una segunda taza de café. Después de una larga pausa, Devon contestó afirmativamente:

—Sí, pero no por mi voluntad, aunque tampoco he ido secuestrado.

—Mi padre le ha llamado.

Efectivamente.

—¿Puedo saber de qué han hablado?

—En primer lugar, dígame, ¿cómo ha sabido que podía encontrarme aquí? —inquirió Devon.

—Me lo dijo el conserje de su casa —respondió Amy—. Y, ahora, por favor, le he hecho una pregunta.

—Usted me dio dos mil dólares por un trabajo. ¿Lo recuerda?

—Perfectamente, señor Devon.

—Su padre me ofrecía diez mil por no llevarlo a cabo.

Amy se irguió en la silla, vivamente sorprendida.

—¿Es cierto eso que me está diciendo? —exclamó.

—¿Qué motivos tendría yo para mentirle, señorita Gallatin?

Ella se mordió los labios.

—Mi padre está acostumbrado a resolver todas sus problemas por medio del dinero —dijo.

—Entonces, usted cree que yo acepté esa suma.

—Si no es así, me gustaría saber por qué lo rechazó.

—Su padre podría repetir la respuesta que le di —manifestó Devon—. No me gustó su forma de tratarme y pensé que usted tiene derecho a ser feliz. Yo le dije también que podía darse por contento de tener una hija como usted, que, pudiendo hacerlo, no se ha casado con el hombre a quien ama, deseosa de probar que es una persona decente y trabajadora. Eso es todo, señorita Gallatin.

Amy se mostró emocionada.

—No sé cómo darle las gracias —dijo—. Realmente, diez mil dólares son mucho dinero...

—Quizá haya sido una tontería por mi parte, pero me gusta mantener la palabra dada. Acepté proporcionarle informes de Oyster y eso es lo que haré, señorita Gallatin.

—¿Ha conseguido algo ya? —preguntó Amy con avidez.

Devon se echó a reír.

—No se precipite, señorita...

—Amy, por favor, Chuck —indicó ella.

—Está bien, Amy, Repito que no se debe preocupar. Eso costará

algo, aunque espero conseguir un *dossier* muy completo. Tengo a un verdadero especialista empeñado en el asunto. Lo que haga, estará bien hecho, créame.

Los ojos de la muchacha chispearon.

—Creo que hice un buen negocio al buscarle a usted —dijo.

—No aventure juicios que todavía no tienen fundamento —sonrió Devon—. Espere a que reúna los informes y entonces podrá cubirme de elogios.

—Y pagarle debidamente, Chuck. —Amy recogió su bolso y se puso en pie—. Ahora me siento mucho más tranquila.

—Lo celebro, Amy.

—Lo que me alegra.

La muchacha se alejó, con paso rápido, pero lleno de gracia. Devon meneó la cabeza y suspiró:

—Hombre afortunado, ese Ross Oyster —dijo a media voz.

La de Cathy sonó cáustica, a pocos pasos de distancia:

—Un modo muy agradable de entretener la espera, ¿verdad, Chuck?

* * *

Devon se sentó en la mesa, sacó del cerillero un fósforo y encendió un cigarrillo. Cathy se lo quitó y se lo puso en los labios, sentándose luego en la mesa, a su lado.

—¿Quién era la prójima? —preguntó.

Devon encendió otro cigarrillo.

—Tú no lees revistas de sociedad, ¿verdad? —contestó él.

—No me gusta la bazofia —dijo Cathy agudamente.

—En tal caso, no me extraña que no conozcas a Amy Gallatin. Aparece mucho en las revistas de sociedad.

La dueña del local se bajó de la mesa y se sentó en una silla.

—Gallatin, has dicho —resopló.

—La misma, Cathy. Por tanto, el calificativo que le has aplicado, sobra.

—Caramba, Chuck, me dejas helada. ¿Desde cuándo tienes tú relaciones con la hija del rey de Calder Harbour?

—Ella me encomendó una investigación, Cathy.

—Pero tú andas tras el asunto de la periodista...

—Puedo hacerlo al mismo tiempo. Por cierto, ¿has visto a Paddy el

Hurón?

—No, parece que se lo haya tragado la tierra. ¿Por qué lo buscas? Cuando lo veas, dile que se ponga en contacto conmigo, inmediatamente —dijo él, evadiendo una respuesta concreta.

—Está bien, lo haré así; pero ¿no puedes decirme para qué te buscó Amy Gallatin?

Devon palmeó cariñosamente una de las mejillas de la pelirroja.

—Nena, no seas curiosa —contestó—. Hay algo que se llama secreto profesional, ¿comprendes?

—Es muy hermosa —dijo Cathy, un tanto celosa.

—Tú no puedes quejarte...

—Y más joven...

—Oh, la ancianita —se burló el joven—. La diferencia de edad entre ambas debe de ser de unos cincuenta años o así, ¿verdad?

—No te muestres sarcástico. Ella es joven, hermosa...

—Y apalea los dólares. Cathy, tú usas los ojos para ver, pero no usas la cabeza para pensar. Te conviene hacerlo.

Devon se puso en pie. Ella le imitó.

—Bueno, al menos, dime cómo va el otro asunto —pidió—. Ya lo conozco, así que no puedes alegar el secreto profesional, detective sin licencia.

Devon metió la mano en el bolsillo y sacó la esmeralda. Cathy abrió tinos ojos como platos.

—¡Cielos, qué pedrusco! —exclamó—. ¿De dónde lo has sacado?

—Estaba en el bolsillo de un muerto, Barry Folstrom.

La encontró entre sus ropas el pescador que sacó su cadáver del mar. Su esposa me la ha entregado esta tarde.

—Entonces, es cierto lo del contrabando de esmeraldas.

—Así parece, Cathy.

—¿Cómo lo pueden hacer, Chuck?

—Trayéndolas en un barco, desde luego. Ahora bien, ¿cómo las pasan al llegar a puerto?

—Eso es lo difícil, ¿no?

—Tú lo has dicho —sonrió él, a la vez que le pellizcaba suavemente en una mejilla.

Uno de los camareros se acercó de pronto.

—Señor Devon, al teléfono —anunció.

—Gracias, ahora mismo voy.

—¿Quién será? —dijo Cathy, preocupada.

—Lo sabrás si te esperas unos minutos —sonrió él, mientras se alejaba en busca del teléfono, situado en uno de los ángulos de la sala.

Cogió el aparato y se lo acercó a la oreja.

—Devon —exclamó.

—Hola. Soy Jared Fork —dijo el otro—. Tengo entendido que usted me busca.

—Su información es muy precisa, Fork. He llamado un par de veces a su casa...

—Tenía trabajo y estaba ausente. ¿Por qué no viene ahora? Le aguardo, Devon.

—Muy bien; estaré allí dentro de un cuarto de hora.

Devon colgó el aparato. A dos pasos, Cathy le miraba ansiosamente.

—¿Quién era, Chuck? —preguntó.

—Fork, el hombre que envió a aquellos dos gorilas a apalear a la periodista.

Cathy se puso pálida.

—Chuck, no me digas que tú vas a...

—Sí, querida, tengo que ir —contestó Devon.

—No quiero que vayas —exclamó ella enérgicamente—. Cathy, hay algo que no me gusta en ti y es que eres demasiado enérgica y mandona. Preferiría que te mostrases más compasiva, pero, si no es así, lo lamento muy de veras. No por mí, claro.

Devon giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Cathy, furiosa, le apostrofó violentamente:

—¡Anda, loco, anda y ojalá te hagan lo mismo que a la periodista!

Devon no la oyó. Estaba ya en la calle.

CAPÍTULO VII

Jared Fork colgó el teléfono y miró a los dos hombres que estaban en pie junto a él.

—Devon vendrá dentro de quince minutos. Vosotros os encargáis de la recepción —dijo.

—Descuide, señor Fork —contestó Fred Dini.

—Déjalo de nuestra cuenta —contestó Fred Tuckeree.

Fork se puso en pie y recogió su sombrero.

—Yo me voy a dar una vuelta por ahí —declaró—. Volveré a la noche.

—Sí, señor —respondió Dini.

Desde la puerta, Fork hizo una advertencia:

—Sólo se trata de una sesión de advertencia. No quiero que llegue a extremos perjudiciales, ¿estaremos?

Tuckeree hizo una mueca.

—Si ese tipo estorba tanto, ¿por qué no...?

Fork no le dejó terminar.

—He dicho que se trata solamente de hacerle una advertencia. El lo entenderá sin necesidad de más explicaciones. Sólo se trata de que vuelva la vista a otro lado, ¿estamos?

—Descuide, señor Fork. A partir de esta tarde, Devon no mirará a donde no debe —aseguró Tuckeree.

Fork abrió y salió. Los dos esbirros cambiaron una mirada al quedarse solos.

—¿Qué tienes tú? —preguntó Dini.

Tuckeree sacó unos nudillos de acero.

—¿Qué te parece? —sonrió.

Dini enseñó una porra corta y delgada.

—Varilla de acero, forrada de cuero —explicó.

—No me gusta estropear la mano —suspiró Tuckeree.

—Soy de la misma opinión —convino el otro, con maligna sonrisa.

Un cuarto de hora más tarde, sonó el timbre.

Tuckeree abrió, sonriente.

—El señor Devon, supongo —dijo.

Devon miró recelosamente al sujeto. Era la pareja de Tex Sullivan.

—Así me llamo —contestó—. Fork me ha citado aquí.

Tuckeree hizo un ademán con la mano izquierda.

—Entre, por favor —rogó.

Devon cruzó el umbral, pero, inmediatamente, saltó a un lado. Dini, que estaba escondido tras la puerta, falló el golpe y trastabilló ridículamente.

El joven le arreó un tremendo puntapié, cuando todavía estaba inclinado, lanzándolo al suelo sin sentido. Sus ojos chispearon de ira.

—¿Es Fork? —preguntó.

Tuckeree se había quedado muy sorprendido ante la inesperada reacción de Devon.

—No —respondió—. El señor Fork nos ha encargado que le recibamos en su nombre.

—Bonito recibimiento, a porrazos —refunfuñó Devon—. ¿Qué más, bruto?

Tuckeree enseñó su mano derecha.

—Palto yo —contestó, sonriendo perversamente.

—Ah, ahora comprendo algunas de las lesiones que tenía la periodista —dijo Devon—. Fuiste tú, ¿verdad?

—¿Quién puede demostrarlo? —contestó el forajido.

—Es cierto. Pero ¿no has hablado con Sullivan?

Tuckeree dejó de sonreír en el acto.

—A mí no me cogerá desprevenido, como a él —exclamó, a la vez que se lanzaba hacia adelante.

Devon dio media vuelta y atravesó la estancia a la carrera.

—Párate, idiota —bramó Tuckeree, furioso.

Devon agarró una silla.

—Ya me he parado —dijo—. ¿Y ahora?

Tuckeree volvió a sonreír.

—Estoy entrenado contra los silletazos —contestó.

Y avanzó de nuevo, pero, de súbito, Devon le atacó con la silla, sujeta solamente con la mano izquierda.

El trozo de cable apareció en la otra mano. Cuando Tuckeree quiso arrebatársela, el cable golpeó ferozmente unos dedos humanos. Tuckeree lanzó un aullido de dolor. Una de las patas de la silla se le hundió bajo el pómulo izquierdo y retrocedió, bramando como un

toro furioso.

—¡Atrás, fiera, atrás! —dijo Devon burlonamente, como si fuera un domador.

Tuckeree quiso arrancarle la silla de la mano, pero el cable golpeó su antebrazo, haciéndole dar otro salto hacia atrás.

—A tu sitio, león, a tu sitio...

El esbirro estaba loco de ira. Además de los golpes, Devon se burlaba de él.

De súbito, desafiando el riesgo de los golpes, se tiró hacia adelante, agarró la silla y la lanzó a un lado.

Para hacerlo tuvo que girar parcialmente. Devon aprovechó la ocasión y, de revés, le golpeó en el flanco izquierdo.

Una expresión de agonía apareció en la cara de Tuckeree. Antes de que se repusiera, Devon le partió los labios con otro golpe.

Tuckeree cayó de rodillas.

Devon se acercó a él por detrás y lo agarró por los pelos, a la vez que apoyaba el trozo de cable en su cuello.

—¿Dónde está Fork? —preguntó.

—No lo sé... Se ha ido... —gimió el rufián, espurreando sangre al hablar.

Devon comprendió que Fork había encomendado el recibimiento a los dos esbirros. Volvería más tarde, calculó.

Pero él no podía perder tanto tiempo. Golpeó a Tuckeree debajo de la oreja y el esbirro cayó de bruces, creyendo que le cortaban el cuello.

Dini se levantaba en aquel momento. Devon, furioso, lo quitó del paso mediante un golpe aplicado en plena nariz. Dini se puso a chillar, despreocupado en absoluto de todo cuanto no fuese el vivísimo dolor que sentía en su apéndice nasal.

* * *

Al sonar el teléfono, Devon se levantó, cruzó la estancia y agarró el aparato.

—Habla Devon —dijo.

—Hola, jefe —sonó una voz algo aflautada—. Paddy.

—Ya era hora —suspiró el joven—. ¿Qué me cuentas de nuevo, Hurón?

—Poca cosa, jefe: Su hombre tiene una agencia de representaciones y empleos.

Devon parpadeó, extrañado.

—¿Representaciones comerciales?

—Supongo, no he podido averiguarlo.

—Es curioso —observó Devon—. Podría ser representante artístico...

—¿Aquí, en Calder Harbour? —rió el Hurón—. Usted bromea, jefe. Si dijese representante de buques, pesqueros, pero ya sabe todo eso está en manos de Gallatin.

—Ya —convino el joven—. Además, es agencia de empleos.

—Sí, por lo menos, eso es lo que dice el rótulo de la puerta.

—¿Has estado en su despacho?

—Sí. Bueno, en las oficinas. Me recibió una chica monísima... ¡vaya un bombón, jefe!

Hurón, déjate de calificaciones digamos anatomías y vayamos al grano. ¿Qué aspecto tiene la oficina?

—De cine, jefe. Es un negocio que produce.

—O sólo lo tiene montando así para impresionar a los primos, Paddy.

—Yo diría que es un negocio que marcha, pero si usted opina lo contrario...

—Está bien, Paddy. ¿Qué más?

—Me inscribí para solicitar un empleo. De tripulante de buque pesquero. —El Hurón soltó una risita—. ¡Ji, ji! Yo faenando pescado a bordo de un buque... Es para troncharse de risa, ¿no cree?

—Hurón, no me pongas furioso. ¡Eso es todo! ¿Has hablado con él?

—No, no he hablado, porque la chica tomó nota de mi solicitud. Pero el fulano salió un momento de su despacho y le dijo algo a la secretaria. Desde luego, es un tipo apuesto. Un galán de cine, vamos.

—Ya —murmuró Devon—. Bien, Hurón, continúa investigando.

—¿Todavía más?

—Aún no me has dicho la décima parte de las cosas que quiero saber, Y tú, cuando quieres, te enteras hasta del número de calzado de una persona.

Está bien, capataz de esclavos —le apostrofó el confidente—. Y yo que creí poder entregarme al dulce deporte de gastarme...

—Si no haces lo que te pido, iré a vaciarte los bolsillos, Hurón —se despidió el joven.

Apenas había puesto el teléfono sobre la horquilla, sonó de nuevo.

—Habla Devon —exclamó.

—¿Estás bien, Chuck? —Sonó la voz ansiosa de Cathy.

—Mujer, ¿crees que iba a pasarme algo?

—Temía por ti, Chuck...

—Un temor infundado. Anda, atiende el negocio, no lo descuides.

—Sí, Chuck. Me alegro mucho y... Oye, ¿con quién estabas hablando? Hace rato que llamo y tu teléfono daba señal de comunicar... ¿Era Amy Gallatin?

Devon soltó un bufido.

—¡Era el rey de la Conchinchina! —Gruñó.

—Pero, Chuck, allí no hay ningún rey...

—Por eso lo digo —respondió él.

Y cortó la comunicación.

—¡Qué mujer! —clamó—. Cuando se pone imposible, no hay quien la aguante.

Luego se preparó una copa y se sentó en un sillón. Empezó a pensar en el asunto desde el principio.

Barry Folstrom viajaba como tripulante a bordo del *Quick Cloud*. Alguien lo había asesinado. Con toda seguridad, otro tripulante.

«¿Por qué no investigar en ese sentido?», se dijo.

El día había sido bastante agitado. Era preferible descansar, decidió finalmente.

* * *

Ross Oyster examinó los documentos que le había traído su secretaria, y anotó alguna observación en varios de ellos. De pronto, encontró uno que le hizo fruncir el ceño.

—Este tipo... ¿A qué diablos habrá asomado la nariz por mi oficina?

—murmuró preocupadamente.

Reflexionó durante unos momentos. Luego agarró el teléfono de línea privada e hizo una llamada.

—Ha venido un tipo a pedirme empleo —dijo. Y dio el nombre del individuo—. Sospecho que se trata de un espía. No quiero que siga molestándome más, ¿comprendes?

—¿Sí, cómo se llama?

—Patrick

O'Glenn,

por otro nombre, Paddy el Hurón. ¿Tú sabrás cómo hacerlo?, ¿no?

—Descuida, Ross. Conozco al tipo; es muy aficionado a meter las narices en todas partes.

—A ver si le quitas el olfato de una vez.

—No te preocupes, Ross.

Oyster colgó el teléfono. Al cabo de unos momentos, hizo otra llamada.

—Lo siento —le respondieron—; la señorita Gallatin no está en casa.

—¿No está o no quieren pasarle mi llamada? —preguntó Oyster hirientemente.

Sonó un «click». Fue la única respuesta que recibió Oyster, quien inmediatamente, prorrumpió en juramentos e imprecaciones contra su anónimo y peco locuaz interlocutor.

* * *

Chuck Devon tenía conocidos entre los marinos. Después de reflexionar bastante, eligió el hombre de Jed Kermod, un marino de cierta edad, que, como se decía vulgarmente, había navegado por los siete mares del globo.

Kermod le miró con suspicacia al verle en la puerta de su casa. Chupó de la pipa que sostenía entre sus dientes y se hizo a un lado para que pasara su visitante.

—¿Qué te trae por aquí, muchacho? —preguntó—. Tengo una ginebra estupenda...

—Gracias, pero es demasiado temprano para mí, Jed —sonrió Devon—. Se trata del Quick Cloud.

—Ah, un buen barco, con una tripulación de piratas —comentó el viejo lobo de mar.

—Jed, no digas eso. Pertenece a la Gallatin Steamship.

—Otro pirata —calificó Kermod, imperturbable.

—Bueno, si te empeñas... Hace pocos días, un tripulante se cayó al agua, a pocas millas de la costa.

—Sí, lo he leído en los periódicos. A veces pasan esas cosas, Chuck.

—A veces sucede que el «hombre al agua» lo es porque lo han tirado.

Kermod suspendió por un momento la fascinante operación de hacer humear a su pipa.

—¿Sugieres un asesinato? —dijo.

—No era un marinero, aunque se enrolase como tal. Investigaba un contrabando de esmeraldas. Molestaba, Jed.

—Comprendo. —Kermod se quedó pensativo unos instantes y, al fin, dijo—: Habla con Marty Laren, Chuck.

—¿Quién es Laren, Jed?

—El contraamaestre del Quick Cloud, un hombre absolutamente honrado. Lo que él no te diga, no te lo dirá ya nadie.

—Comprendo. Gracias, Jed.

—Un consejo, Chuck. Andate con cuidado. El que mete la nariz en estos asuntos, suele acabar con el pescuezo abierto de oreja a oreja.

—Me pondré una bufanda de lana muy gruesa —contestó Devon alegremente, a la vez que abría la puerta.

Bajó a la calle y pensó en Jared Fork. En aquel momento, Jared Fork recibía una llamada telefónica.

CAPÍTULO VIII

Fork abandonó su casa y, en el automóvil que ordinariamente tenía a la puerta, se dirigió a uno de los muelles. Devon llegaba en aquel momento y creyó conveniente seguirle a corta distancia.

Minutos más tarde, Fork se apeaba del coche y embarcaba en una canoa que, inmediatamente desamarró y se puso en marcha. Prudentemente oculto tras unas balas de algodón, Devon se fijó en la matrícula de la embarcación.

Luego abandonó su escondite y se dirigió hacia un barracón cercano, en el que un rótulo indicaba: Se alquilan embarcaciones de todas clases.

—Necesito una buena lancha —dijo.

El encargado le citó varios modelos, junto con sus precios. Devon eligió la que le pareció más acomodada a sus necesidades. Luego, al fijarse en unos prismáticos que había colgados de un clavo, los pidió también.

—No puedo alquilárselos; son de la oficina...

—Se los compro —decidió el joven instantáneamente—. Usted puede enviar a por otros; yo no puedo perder tanto tiempo.

El hombre aceptó el trato. Momentos después, con los prismáticos en la mano, Devon saltaba a una lancha.

La amarra cayó sobre la cubierta. Casi en el mismo instante, Devon oyó que alguien pronunciaba su nombre con fuerza:

—¡Chuck! ¡Chuck!

El joven se volvió. Amy Gallatin corría hacia él, agitando una mano para llamar su atención.

—¡Amy! —exclamó, vivamente sorprendido.

Ella alcanzó el muelle, con el rostro encendido y el seno agitado. Sonreía hechiceramente.

—Le vi de lejos y creí que se me iba a escapar —dijo—. ¿Adónde va?

—Cosas del oficio —respondió Devon evasivamente.

—¿Puedo acompañarle?

Devon vaciló.

—No sé...

Amy saltó a la lancha antes de que él decidiera.

—Vamos, de contacto —pidió jovialmente.

La motora arrancó. Amy le quitó los mandos.

—Deje, yo gobernaré la embarcación —exclamó—. No es por ufanarme, pero tengo bastante práctica.

—Si usted lo dice... ¿Qué hacía por aquí, Amy?

—Uno de los motores de mi lancha no anda muy bien. Vine para hablar con el técnico y le vi a usted de lejos. ¿Rumbo, capitán? —preguntó, con arrolladora simpatía.

—Primero, salga del puerto; luego, ya le indicaré.

—Sí, señor.

Amy mostró una indudable destreza en el manejo de la embarcación, que tenía cabina muy amplia y una cubierta superior, donde estaban los mandos. Ella estaba sentada, con las manos en la rueda, mientras Devon exploraba el mar con los prismáticos.

—¿A quién persigue, Chuck? —preguntó ella con aire intrascendente.

—Ando detrás de unos asesinos, Amy.

—Oh, yo creía que se ocupaba usted de mi asunto.

—Tengo a un hombre de toda confianza encargado de los informes. Lo que no haga él, créame, no lo hará nadie, insisto.

Devon continuaba la observación visual con los prismáticos. Estaban aún demasiado cerca de la costa y había bastantes embarcaciones en las proximidades, lo que dificultaba la localización de la pilotada por Fork.

—¿Por qué ese asesinato, Chuck? —preguntó Amy, de pronto.

—Cosas que pasan —respondió él, sin entrar en más detalles.

—No quiere hablar, ¿eh?

—Amy, es un asunto muy serio... Ah, creo que allí está.

—¿Dónde, Chuck?

Devon se quitó los prismáticos de la mano un momento. Luego señaló un punto situado muy cerca del horizonte.

—Siga a esa lancha —indicó.

—Parece que se dirige a alta mar —observó la muchacha.

—El caso es que nos llegue el combustible.

—Hay suficiente —aseguró ella, después de observar el indicador correspondiente.

Un débil zumbido sonó en las alturas. Ninguno de los dos prestó, de momento, atención al sonido.

—Chuck, ¿qué me dice usted de Ross Oyster? —preguntó Amy de pronto.

Devon la miró sorprendido, por encima de los prismáticos.

—¿Por qué me lo pregunta? —quiso saber.

Amy se mordió los labios.

—No sé. Creo que le quiero..., pero a veces me parece que estoy cometiendo una tontería —dijo, dubitativa.

—Amy, si usted le quisiera, ya se habría casado con él —respondió Devon.

—¿Lo cree así?

—Hay cosas que no se pueden pensar durante mucho tiempo. O se hacen o no se hacen, pero en este asunto, por ejemplo, no se puede permanecer demasiado rato en la cuerda floja.

—Creo que le entiendo —suspiró la muchacha.

—¿Ha vuelto a discutir el tema con su padre?

—No, pero, si Oyster es decente y trabajador, ¿por qué rechazarlo? Cuando mi padre tenía la edad de Ross, no poseía más dinero.

—Sí, pero ahora lo tiene y es una potencia en Calder Harbour —contestó Devon.

El zumbido del motor se acentuó. Devon, de repente, exclamó:

—¡Ahora se ha parado! ¡No, va a marcha muy lenta!

—¿Qué puede hacer allí ese hombre? —se extrañó Amy.

—Eso es lo que me gustaría saber... ¡Mire, aquel avión parece bajar para acercarse a la lancha de Fork!

Devon seguía mirando a través de los prismáticos. El aparato, un elegante bimotor, descendió hasta quedar a menos de cien metros del mar.

Algo se desprendió de su vientre y cayó hacia abajo, levantando un chorro de espuma. Fork gobernó su lancha hacia el lugar donde se había producido el impacto.

El avión se elevó y empezó a dar vueltas sobre el lugar. Devon se mordió los labios.

—Diríase que es el avión de su padre, Amy.

Ella se sobresaltó.

—Los gemelos —pidió.

Devon se los entregó, mientras se hacía cargo del timón. Amy

enfocó al aeroplano y lo contempló atentamente durante algunos segundos.

—No es el de mi padre, Chuck —dijo al cabo.

—¿Cómo lo sabe?

—La matrícula. Es distinta. El tipo de avión es idéntico, pero mi padre no se hizo construir uno en exclusiva para él.

—Ya entiendo. —Devon recobró los prismáticos—. Amy, manténgase al paio. ¿No se dice así?

La muchacha sonrió.

—Es el término exacto —aprobó.

Fork estaba inclinado sobre la borda, muy ocupado en sacar algo del mar., Devon presintió el significado de aquella labor.

Pero ¿iba a llevar Fork el contrabando en la lancha, de un modo tan poco inteligente?

Momentos después, Fork se incorporó. Entonces comenzó a realizar una extraña labor.

A Devon le pareció, en el primer momento, que iba a dedicarse a pescar. Pero no, no era una caña aquel palo largo, de unos seis metros, que sujetó verticalmente en uno de los ángulos de la popa de la embarcación.

Otro palo idéntico quedó situado en el lado opuesto. Ambos estaban unidos por una cuerda, de la que pendía una caja metálica, de forma alargada, semejante a la de los cigarros habanos.

Devon comprendió en el acto las intenciones de Fork. Había pescado el contrabando y ahora, los del avión, lo recogerían...

El bimotor había continuado sus evoluciones. De pronto, se le vio bajar y enfilarse la lancha a velocidad muy moderada.

Devon vio bajo el vientre una cuerda con un gancho. El piloto maniobró, a fin de enfilarse exactamente su blanco y, segundos después, el gancho agarraba la cuerda tendida entre los dos. Palos. Inmediatamente, dio gas y se remontó, llevando a remolque la caja metálica.

Debía de haber alguna trampilla abierta, porque la cuerda y la caja fueron izadas a bordo. De súbito, Amy llamó la atención del joven.

—¡Chuck, hay un flotador abandonado!

—No tendrá mucha importancia, ¿verdad? —sonrió Devon.

—Quizá lo haya perdido algún pescador. Para él, puede significar algunos dólares ahorrados. Voy a acercarme, para entregarlo luego al capitán del puerto.

La lancha se acercó lentamente al flotador. Provisto de un bichero, Devon enganchó el círculo blanco y lo izó a bordo.

—¡Diablos, cuántos agujeros tiene! —exclamó.

Una arruga se formó en su frente. Amy se acucilló a su lado.

—¿Qué opina de estos agujeros? —preguntó.

—Diríase impactos de bala —contestó él, profundamente preocupado.

El flotador ofrecía a la vista una superficie blanca, sin ningún distintivo. Devon le dio la vuelta y leyó algo que le hizo lanzar una exclamación de asombro:

—¡Andrea!

—¿Es el nombre de la embarcación?

—Sí, y yo conozco a su dueño...

Inmediatamente pensó en Martín González y su esposa Andrea. ¿Qué hacía, casi en alta mar, un flotador abandonado, lleno de impactos de bala?

De súbito, un ruido extraño llegó a sus oídos.

—Parecen disparos de ametralladora —exclamó Amy.

Devon corrió al puente y agarró los prismáticos. Ella le siguió en el acto.

El bimotor se remontó, para descender y caer sobre la lancha de Fork, ametrallándola sin piedad. Una bala alcanzó de pronto el depósito de combustible y se produjo una gran llamarada roja.

—¡Lo ametrallan, Devon! —gritó la muchacha.

El ataque del avión prosiguió, a pesar de que la lancha ardía en pompa. Devon se percató ahora de que lo que perseguía el piloto era perforar el casco a balazos.

A los pocos momentos, se hundió la embarcación. Entonces vieron que el avión se dirigía hacia ellos.

—¡Cuidado, Amy!

El bimotor pasó velozmente, a menos de veinte metros de distancia y a otros tantos sobre el mar. Devon observó claramente las cifras de la matrícula, pintadas en los costados. Una tira negra aleteaba cerca del timón y ello le chocó un tanto, pero su atención estaba

centrada en el aparato.

Durante unos segundos, temieron ser atacados. Pero el avión viró y se internó en el mar, perdiéndose de vista a los pocos momentos.

Devon se puso en pie, lanzando un suspiro de alivio.

—He pasado un mal trago —confesó.

—Parece ateo increíble —dijo Amy—. ¿Por qué lo han ametrallado?

—Ya habían recogido el contrabando. El avión le indicó dónde debía hacerlo. Una vez a bordo las esmeraldas, ¿qué importancia tenía ya la vida de Fork?

—¿Lo conocía personalmente?

—No, pero he tenido contactos con él, nada agradables, por supuesto. Amy, vamos a ver si encontramos a Fork con vida..., aunque lo dudo mucho.

Amy hizo que la lancha recorriese los casi dos mil metros que les separaban del lugar donde se había producido el ataque aéreo. Encontraron algunas tablas, medio chamuscadas, pero nada más.

—Jared Fork está para siempre en el fondo del mar —dijo Devon, a guisa de epitafio.

Y luego pensó en el pobre Martín González. Había salvado la vida el día en que Lilian fue atacada, pero su sentencia de muerte estaba pronunciada ya desde mucho antes y no se había producido el indulto.

CAPÍTULO IX

Fred Dini y Johnny Tuckeree, con algunas señales visibles de los golpes que les había propinado Devon, entraron en El Ganso Cantante y se encaminaron rectamente hacia el despacho de la propietaria.

—Eh, ahí no se puede entrar —advirtió un camarero—. Es privado...

El camarero se quedó sin habla cuando Tuckeree le dirigió una mirada. Tragó saliva y, en el acto, volvió la vista a otra parte.

Dini abrió la puerta. Cathy levantó la vista de los documentos que tenía ante sí.

—Tengo trabajo. Salgan —dijo fríamente.

Dini cerró y se apoyó en la puerta, quedando con los brazos cruzados. Tuckeree se encaminó a la mesa.

—Usted tiene mucha amistad con Chuck Devon —manifestó.

—Sí —advirtió Cathy, a la vez que se levantaba—. Pero ése es un asunto particular...

—Tengo que darle un consejo, preciosa —la interrumpió el rufián—. Cuando lo vea, dígame que abandone el asunto. El ya sabe a qué me refiero. No hace falta que le diga más.

—Dudo mucho de que yo consiga algo. Es muy independiente. Tuckeree soltó una risita.

—Devon se volverá blanco como un higo maduro cuando sepa lo que le puede pasar —contestó.

—Esas amenazas no le asustarán, se lo aseguro...

—No, no, usted no me ha entendido. Yo me quería referir a lo que le puede pasar a usted.

Cathy se quedó sin respiración.

—¿Cómo? ¿Me amenazan? —dijo, aturdida.

—Simplemente, le hacemos una advertencia. Dígaselo así a su amiguito del alma. Eso es todo, guapa.

Tuckeree dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Dini abrió y los dos pandilleros salieron del despacho.

A Cathy le temblaban las piernas. El recuerdo de Lilian Baird le hizo

sentir frío en la espalda.

—Serían capaces —murmuró.

Y luego se preguntó dónde podría estar Chuck.

—A saber dónde estará ahora —murmuró.

Tras unos momentos de duda, se levantó y salió del despacho. Se acercó al mostrador y preguntó a uno de los mozos de Devon.

—No ha venido aún, señorita Cathy —contestó el hombre.

—Cuando le vea, dígale que...

Un individuo interrumpió a Cathy.

—Su amigo tardará en venir, señorita —manifestó.

Cathy se volvió hacia el cliente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Hace media hora lo vi en el muelle deportivo. Desembarcó de una lancha y no iba solo. La hija de Gallatin estaba con él.

* * *

Devon puso una moneda sobre el mostrador y dijo:

—Pida otra copa, Marty Laren.

El marino, un sujeto robusto, de unos cincuenta años, volvió la cabeza y miró suspicazmente al que le invitaba.

—¿A qué se debe, amigo? —preguntó.

—Quiero convidarle —sonrió Devon—. Un amigo común me recomendó que le viera a usted, Laren.

—¿Puedo conocer los dos nombres? El del amigo común y el suyo, claro —dijo el contramaestre del Quick Cloud.

—Por supuesto. Yo soy Chuck Devon. Nuestro amigo se llama Jed Kermod.

—Ah, sí, ya recuerdo. ¿Y bien, señor Devon?

—Llámemme Chuck, Marty —sonrió el joven—. ¿Por qué no nos vamos a una mesa, con una botella para los dos, y hablamos con más comodidad?

—¿De qué hemos de hablar, Chuck? —preguntó Laren.

—De qué, no; de quién está mejor dicho. Se llamaba Barry Folstrom y era tripulante del Quick Cloud.

* * *

Paddy, el Hurón abandonó la casa donde había estado algunos minutos y se dirigió a pie hacia los muelles. La niebla hacía mortecina la luz de los faroles.

De repente, un hombre le cerró el paso, surgiendo de entre unos bultos apilados junto a un almacén.

—Hurón.

El confidente se detuvo.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Qué quiere de mí?

—Ven, acompáñanos —dijo el sujeto—. Tenemos que hablar.

El Hurón miró desconfiadamente al individuo. De pronto lo reconoció.

—Tú eres Tex Sullivan —dijo.

—Sí —admitió el otro, impasible. Tenía un par de parches en la cara y dos grandes tiras de cinta adhesiva en una de sus manos, pero, aun así, era un enemigo formidable para el confidente.

—¿Adónde vamos a ir, Tex? —preguntó Paddy.

—Ya lo sabrás. Anda, ven conmigo.

Paddy vaciló. Un poco más adelante, divisó un coche negro parado, pero notó que tenía el motor en marcha.

Dio un paso adelante, como para reunirse con Sullivan. De súbito, dio media vuelta y echó a correr.

Sorprendido, Sullivan emitió una interjección y se lanzó en persecución del fugitivo. Durante unos instantes, Paddy mantuvo la distancia, pero luego Sullivan empezó a ganar terreno.

Paddy volvió la cabeza y vio que iba a ser alcanzado. El coche, con las luces apagadas, les seguía a prudente distancia.

De repente, giró a su izquierda y se dirigió rectamente hacia el muelle. Sullivan imitó su maniobra.

El borde del muelle cortó el paso a El Hurón, que se volvió, justo en el momento en que Sullivan caía sobre él. Paddy se ladeó, alargó el pie derecho y Sullivan, sin poder refrenar su impulso, saltó al agua, en donde se sumergió con gran chapoteo de espumas.

Acto seguido, echó a correr de nuevo. Ahora había ganado una nueva ventaja y no quería perderla.

Los del automóvil se vieron sorprendidos por la inesperada reacción de Paddy. Sullivan había caído al agua y gritaba desesperadamente, pidiendo auxilio. Durante unos segundos, vacilaron en seguir tras el fugitivo o ayudar al compinche. Para El Hurón fue suficiente,

puesto que logró perderse en la oscuridad.

CAPÍTULO X

A Chuck Devon le extrañó a la mañana siguiente recibir una llamada telefónica de Neil Arthur.

—El señor Gallatin estimaría infinito una entrevista con usted —dijo el secretario, con su acento untuoso de costumbre.

—¿Y por qué no viene él a verme a mi casa? —respondió Devon agudamente.

—Por favor —dijo Arthur, muy ofendido—. Le agradeceré olvide una idea tan absurda. El señor Gallatin, en su casa... ¡Qué disparate!

—Es un hombre como yo, ¿no? —De repente, Devon mudó de opinión—. Está bien, iré, pero... ¿hoy no hay «Rolls»? —preguntó irónicamente.

—Hoy no está disponible —contestó el secretario—. ¿Para qué hora anunció su visita el señor Gallatin?

—Acabo de levantarme. Dentro de sesenta minutos —puntualizó Devon.

—De acuerdo, se lo diré así al señor Gallatin.

Devon colgó el teléfono y meditó unos instantes. Los informes del contramaestre del Quick Cloud habían sido valiosísimos.

Laren le había mencionado una lista de nombres de tripulantes. Uno de ellos, especialmente, había llamado su atención. Aquel individuo, no podía dudarse de ello, era el asesino de Folstrom.

Pero, aunque había ido en su busca, no lo había encontrado. Tendría que repetir la intentona de nuevo. Tras la visita a Gallatin, por supuesto.

Cuando se disponía a salir, sonó el teléfono. Hizo un gesto de contrariedad y levantó el aparato.

—Devon —dijo.

—¡Chuck! —gritó Cathy ansiosamente—. Tengo que hablarte...

—Ahora no, guapa; tengo mucha prisa.

—Pero, Chuck, es que se trata de algo muy urgente...

—Mi cita también lo es. Luego iré a verte en la taberna. Voy a casa de Gallatin, ¿sabes?

—¡Gallatin! —resopló Cathy—. ¡Miserable traidor!

Devon se echó a reír y dejó el teléfono en la horquilla.

—Pobre chica —dijo, mientras salía de la casa.

A la hora acordada, estaba frente a Gallatin.

—Es usted puntual, amigo mío —comentó el financiero, parapetado tras sus grandes gafas de sol.

—No me gusta hacer esperar a mis clientes.

—Yo no soy su cliente —rezongó Gallatin, visiblemente molesto.

—Era una frase, no me haga caso. ¿Y bien, de qué se trata?

—Quiero darle un empleo, Devon.

El joven contuvo la respiración.

—¿Un empleo? —repitió.

—Sí, eso he dicho —confirmó Gallatin.

—Bien, pero ¿qué he hecho yo para merecer tal distinción? ¿No tiene usted un jefe de personal en sus empresas?

—Algunos empleos los concedo yo directamente, Devon. Como el suyo, por ejemplo.

Devon miró por encima del financiero. El avión se veía a unos doscientos metros. Un hombre hurgaba en el morro. Otro, a su lado, Neil Arthur, contemplaba el trabajo del primero.

«El piloto está revisando su aparato», dedujo Devon.

—¿No me dice nada, Devon? —exclamó Gallatin, impaciente.

—Perdón, señor; estaba distraído —se disculpó el joven—. Hablábamos de un empleo, me parece.

—Sí, hablábamos de un empleo —dijo Gallatin, malhumorado—. ¿Qué me contesta usted?

—Todavía no sé qué he de hacer...

—Trabajar para mí, por mil quinientos al mes.

Devon entrecerró los ojos.

—¿Merezco ese sueldo? —preguntó.

—No se lo daría, si pensara de otro modo —respondió Gallatin.

—¿Qué clase de trabajo?

—Ya irá saliendo, no se preocupe. Sólo quiero que sea mi empleado... y que cumpla exactamente mis órdenes.

Devon miró fijamente a su interlocutor. El sentido de la propuesta de Gallatin se adivinaba con toda claridad.

«Para dejar de tener enfrente a un hombre, lo mejor es tenerlo al lado», pensó.

—¿No me contesta? ¿Tan mala es mi proposición? —inquirió Gallatin.

Devon tardó algunos segundos en dar su respuesta:

—Necesito veinticuatro horas para reflexionar.

—¡Ahora! —exigió Gallatin.

El joven se puso en pie.

—Llámemme dentro de veinticuatro horas —decidió firmemente.

Y se dirigió hacia la salida.

Amy le llamó de pronto y corrió hacia él, agitando alegremente una mano. Gallatin lo vio y vino oleada de cólera hirvió en su pecho.

La muchacha se colgó del brazo de Devon y la acompañó hasta la puerta. A Gallatin se lo llevaban los diablos.

—Sólo me faltaría que esa loca dejase ahora a Oyster por Devon —masculló, al borde de la congestión.

* * *

Devon se sentó en un taburete y dirigió una sonrisa a la hermosa pelirroja que tenía frente a sí.

—Vamos, alegría esa cara —dijo—. Parece como si estuvieras viendo al mismísimo Satanás, Cathy.

—Algo por el estilo —respondió ella—. Te has chiflado por la Gallatin, ¿eh? Joven, hermosa, millonaria... ¿qué más puedes pedir, muerto de hambre?

—Nada, Amy es justo lo que un tipo de mi calaña necesita. ¿Te molesta?

Cathy se encogió de hombros.

—Me deja fría —respondió.

—Mientes muy mal —rió Devon—. No hace ni tres horas me llamaste traidor.

—Es tiempo suficiente para cambiar de opinión. Cásate con Amy y recibe mis bendiciones.

—Amén —dijo él, sarcástico—. Pero no he ido a ver a Amy, sino a su padre.

—¿A pedirle su mano?

—¡Qué presurosa eres! Gallatin sólo quiere darme un empleo.

—Ah, claro, no parece bonito que el yerno viva a costa del suegro rico. Un empleo tapa las habladurías, ¿no crees?

—Las tuyas, sobre todo. Me ha ofrecido mil quinientos dólares.

—¡Qué roñoso! —se escandalizó Cathy.

—Para que deje de meter las narices en cierto asunto que me encomendó Amy —añadió Devon.

Cathy frunció el ceño.

—Explícate, Chuck —pidió.

—Amy me encargó sobre Oyster, ya lo sabes. Gallatin no quiere que investigue en ese sentido. Dice que ya tiene informes suficientes.

—Extraño, ¿no?

—Sí, un tanto. Pero eso es todo, Cathy, te lo aseguro.

—Y, ¿qué hay del paseíto de ayer en lancha con Amy?

—Fue una casualidad, aunque tú no te lo creas.

—Y no me lo creo, desde luego. Pero, en fin, ya no te mencionaré más el asunto; es cosa tuya. Sin embargo, tengo que decirte otra cosa y ésa sí se refiere a mí.

—¿De qué se trata, Cathy?

—Ayer recibí una visita de dos tipos, Fred Dini y Johnny Tuckeree. Me dieron un recado para ti, Chuck.

—¿Interesante?

—Juzga por ti mismo. Me pidieron que te aconsejase abandonar la investigación sobre la muerte de Lilian Baird. Bueno, no citaron nombres, pero les entendí fácilmente.

—Es curioso que te tomen a ti como mediadora, Cathy.

—¿A quién mejor se lo iban a pedir? Si no abandonas esa investigación, harán conmigo lo mismo que hicieron con Lilian.

Devon suspendió el aliento un instante.

—¿Eso te dijeron, Cathy? —preguntó al cabo.

—Exactamente, Chuck.

Devon se apeó del taburete.

—Lo tendré en cuenta —aseguró—. Ah, ¿has visto a El Hurón?

—No, hace días que no sé nada de ese pájaro.

—¡Qué raro! ¿Dónde se habrá metido? —murmuró Devon, muy preocupado.

Estuvo callado unos instantes. Cathy, ansiosa, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer, Chuck?

Devon sonrió.

—Quédate tranquila —respondió—. Yo me encargaré de resolver ese asunto. Y si aparecieran esos dos tipos con intenciones de

sacudirte, echa a correr, gritando a voz en cuello. Arma un alboroto, ¿comprendes?

Eso evitará...

—Pero sólo de momento, Chuck.

—Será más que suficiente —afirmó él.

Y salió a la calle.

* * *

El hombre y la mujer estaban estrechamente abrazados. Un timbrazo rompió el hechizo de aquel instante.

—¿Quién diablos será? —murmuró el hombre.

—Un importuno, seguro —dijo ella, retocándose el pelo.

El hombre se dirigió hacia la puerta y abrió.

—¿Qué desea? —preguntó hoscamente.

—Usted es Ernie Fork —sonrió Devon.

—Así me llamo, pero...

—Quiero hablar con usted. Me llamo Chuck Devon.

—Vuelva otro día, hermano; ahora estoy muy ocupado.

Devon miró por encima del hombro de Fork y volvió a sonreír.

—Gratamente ocupado, todo hay que decirlo, aunque siento interrumpir el diálogo. Dígale a la chica que se vaya.

—Pero ¿quién se ha creído...? —empezó a decir Fork, muy furioso.

—Le traigo noticias de su hermano Jared —cortó Devon, impasible.

Fork se quedó callado un instante. Luego, de súbito, se volvió hacia la mujer.

—Vete, Paula —ordenó.

—Ernie, tú me habías dicho que...

Fork cortó en seco las protestas femeninas.

—¡Lárgate! —bramó.

Ella recogió su bolso e hizo un gesto de claro desprecio.

—Tú te lo pierdes, estúpido —dijo, al pasar por delante de Fork.

Devon cerró la puerta, sonriendo.

—Se va muy enfadada —comentó.

—Imagínese... Bueno, ¿qué es lo que diablos quiere? —chilló Fork descompuestamente—. ¿Qué tiene que decirme de mi hermano?

—¿Cuánto tiempo hace que no sabe de él?

—Un día, dos... No vivimos juntos, pero ¿qué importa eso ahora?

—Todo llegará, Ernie —sonrió Devon—. Usted es tripulante del Quick Cloud.

—Sí, y ahora está amarrado, en espera de una nueva carga.

—Y, tal vez, otro viaje a Colombia.

Fork miró a su visitante de hito en hito.

—Eso no le interesa a usted en absoluto —respondió.

—Según se mire. Lo que sí me interesa es la muerte de Barry Folstrom.

Fork se puso lívido.

—Folstrom cayó al agua accidentalmente —dijo.

—Lo asesinó usted, Ernie.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Fork cargó contra su visitante.

Devon le enseñó el trozo de cable.

—Si me toca, le partiré la nariz —aseguró.

El otro se detuvo en seco.

—No fue un asesinato —exclamó.

—Usted lo mató y no le diré por qué, ya que lo sabe muy bien. Pero sí le diré una cosa: Ya no volverá a ver a su hermano.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo asesinaron ayer. Yo lo vi.

Las piernas de Fork temblaron.

—¿Se..., seguro? —dijo con voz trémula.

—No hay duda alguna, Ernie. Y usted correrá también la misma suerte. El asunto de las esmeraldas se ha puesto muy caliente. Hay que cortarlo o tal vez sólo suspenderlo durante una temporada, hasta que se enfríe. Una forma de enfriarlo es suprimiendo personajes incómodos. Como Jared. Como usted, acaso. El contrabando de esmeraldas está dirigido por alguien, el mismo que ordenó la muerte de Folstrom y de Lilian. Usted lo conoce, Ernie.

Devon se dirigió hacia la puerta.

—Volveré en otro momento —añadió—. Tal vez usted piense que es mejor colaborar conmigo que no ponerse frente a mí. Salvar el pellejo es algo que merece la pena, créame.

Cuando salió, Fork no había despegado aún los labios.

Al cabo de unos momentos, Fork corrió hacia la puerta y la cerró con doble vuelta de llave. Luego se precipitó sobre el teléfono y marcó un número.

Esperó unos momentos. Al fin oyó una voz y dio su nombre.

—¿Qué quieres, Ernie? —preguntó el otro.

—Acabo de informarme de que Jared ha muerto. ¿Es cierto?

Hubo una pausa de silencio. Fork se impacientó.

—¿No me contestas? —gritó.

—¿Quién te lo ha dicho, Ernie?

—Eso no importa ahora. Contéstame sí o no. Te lo exijo, ¿me entiendes?

—Lo siento, Ernie; un desgraciado accidente...

—Accidente..., ¡un cuerno! ¡Lo habéis asesinado!

—Será mejor que te calmes, Ernie —dijo el otro severamente—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Un tal Devon. No le conozco ni sé quién es...

—¡Devon! —resopló su interlocutor.

—Tú sí le conoces, ¿verdad?

—Un poco. Es un tipo bastante entrometido, Ernie.

—Pero mi hermano ha muerto...

—Mira, Ernie, ahora tengo bastante trabajo. Ven a verme luego, al almacén del muelle seis. Allí podremos charlar con más comodidad, ¿comprendes?

Fork dudó un momento, pero acabó por aceptar la propuesta.

—Está bien —dijo—. ¿A qué hora?

—A las siete. Antes no puedo, créeme.

—De acuerdo, pero si tratas de jugarme una mala pasada...

—Hombre, ¿cómo puedes pensar tal cosa de mí? No desconfíes, Ernie. Verás cómo lo que le pasó al pobre Jared fue un accidente, aunque te hayan dicho todo lo contrario.

Fork colgó el teléfono. Sí, el otro tenía razón tal vez. ¿Cómo iban a asesinar a su hermano, un elemento importante de la organización? Pero, a pesar de todo, quería saber los detalles completos del accidente. Ni siquiera sabía qué clase de accidente había sufrido Jared.

Tim Daniels, uno de los camareros de El Ganso Cantante, entró en el despacho de la dueña y dejó sobre la mesa una gran caja cuadrada.

—Aquí lo tiene, señorita Cathy —dijo.

Ella se puso en pie, con los ojos brillantes.

—Ábralo, Tim —ordenó.

—Sí, señorita.

Daniels rompió el embalaje y dejó a la vista el aparato que había en su interior.

—¿Funcionará? —preguntó ella.

—Pruébalo, señorita —aconsejó el camarero.

Cathy lo hizo así. Un enorme trueno brotó inmediatamente y llegó hasta la sala a través de la puerta abierta.

Algunos clientes, asustados, volvieron la vista hacia la puerta. Cathy se asomó, sonriendo, y dijo:

—No se alarmen, amigos. Se trata solamente de una sorpresa que preparo para una fiesta que celebraremos próximamente.

Algunos rieron la explicación de la joven. Cathy se volvió hacia el camarero:

—Tim, no dejes de estar alerta. Apenas los veas entrar, avísame —rogó.

—Descuide, señorita, así lo haré, pero ¿dará resultado?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—No lo dudes, Tim, no lo dudes —contestó.

CAPÍTULO XI

A las seis y media de la tarde, Ross Oyster abandonó su despacho. Salió a la calle y subió al automóvil que tenía estacionado junto a la acera. Otro coche, de varios años antes y con algunas abolladuras en la carrocería, se puso en marcha inmediatamente.

Paddy el Hurón pilotaba el segundo automóvil. Siguió a Oyster durante un rato y luego, cuando se convenció de la dirección que tomaba, se desvió por otras calles para adelantarle.

Paddy dejó su coche en un lugar discreto. Acto seguido, corrió hacia un gran edificio, situado en uno de los muelles, y se detuvo frente a una puertecita lateral.

Con una ganzúa, abrió la puerta. Asomó la cabeza.

El almacén estaba a oscuras. Sigilosamente, Paddy avanzó unos pasos y se situó detrás de unas balas de algodón.

Casi en el mismo momento, oyó chirrido de frenos. Agazapado, esperó.

Oyster entró segundos después. Dio la luz y se puso un cigarrillo en los labios.

Transcurrieron algunos minutos. El Hurón no se atrevía apenas a respirar.

Oyster terminó su cigarrillo y lo tiró al suelo, aplastándolo con el tacón de la bota. Luego consultó la hora.

Unos momentos después, se oyó el ruido de un coche que se detenía en el exterior. Alguien llamó a la puerta.

Oyster abrió y dijo:

—Pasa, Ernie.

Fork cruzó el umbral, mientras Oyster cerraba.

—No sé para qué diablos he tenido que venir aquí —se quejó Fork—. Igual podríamos haber hablado en tu despacho...

—Sabía que iba a tener trabajo hasta muy tarde. Luego necesitaba comprobar unos bultos de carga —se disculpó Oyster.

—¿Y bien? ¿Qué accidente sufrió mi hermano?

—A decir verdad, no fue ningún accidente, Ernie.

Fork se puso rígido.

—Entonces, lo asesinaron.

—Sí —admitió Oyster sin pestañear.

Y, al mismo tiempo, sacó una pistola con silenciador y disparó tres tiros seguidos contra Fork.

Se oyó un gemido apagado. Fork cayó de rodillas, con un rictus de agonía en sus labios. Oyster aguardó unos segundos y luego disparó el cuarto proyectil a la cabeza de su víctima.

Fork se ladeó y quedó inmóvil sobre el suelo de cemento. Oyster se mordió los labios un instante.

El Hurón temblaba de pánico. Si Oyster le descubría, lo dejaría seco allí mismo.

Pero Oyster no tenía intenciones de permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Buscó unos sacos vacíos y cubrió con ellos el cuerpo de Fork.

Luego se dirigió hacia la salida. Las luces se apagaron.

Pasaron algunos minutos. El gran portón del almacén se deslizó a un lado, para dejar pasar a un coche. Paddy dedujo que era el del muerto.

Oyster detuvo el motor y apagó las luces. Cerró nuevamente el portón y desapareció de la vista del confidente.

Por prudencia, Paddy dejó transcurrir todavía algunos minutos, incluso después de haber oído el ruido del automóvil de Oyster. Finalmente, se atrevió a abandonar su escondite.

Los dientes le castañeteaban.

—¡Qué bárbaro, pero qué bárbaro! —comentó, cuando ponía en marcha el motor de su automóvil.

Necesitaba un par de buenos tragos. El Ganso Cantante estaba muy lejos de aquel lugar.

Un minuto después, El Hurón entraba en el local de Cathy Mac Cabe. Apenas había dado dos pasos en el interior, oyó un espantoso trueno.

* * *

Cathy repasaba unas facturas casi con enojo. La parte burocrática del negocio era lo que más le molestaba.

—Esto lo haría muy bien ese miserable de Chuck —se dijo, mientras mordisqueaba pensativamente el cabo de la pluma.

La puerta se abrió de repente y Tim Daniels apareció en el umbral.

—¡Señorita Cathy! ¡Ya están ahí! —anunció.

Ella tiró rápidamente la pluma y corrió hacia el diván.

—Deja la puerta abierta, Tim. No te preocupes de más —ordenó.

—Sí, señorita.

Cathy se puso en el centro del despacho, delante de su mesa.

Bruscamente, dos sujetos aparecieron en la entrada.

—¿Qué, ya está arreglado ese asuntillo? —dijo Tuckeree, sonriendo maliciosamente.

Cathy no se inmutó. Levantó las manos y acercó los labios al amplificador eléctrico de que se había provisto con tiempo.

—¡No quiero nada con ustedes! —gritó—. ¡Salgan de aquí o llamaré a la policía! ¡Fuera, fuera, asesinos!

La voz de Cathy, amplificada enormemente, atronó el espacio. Los dos rufianes se quedaron atónitos.

—¡Socorro! —Siguió ella—. ¡Hay dos hombres que quieren matarme! ¡Ayúdenme! ¡Socorro, socorro!

El estruendo era horroroso. Desde la puerta del despacho, los gritos de Cathy llegaban hasta los menores rincones de la cantina, como voces de algún gigante mitológico.

—¡Socorro, asesinos! —insistió una y otra vez.

Tuckeree y Dini se sintieron desconcertados primero. Luego sintieron miedo y echaron a correr.

Cathy los persiguió, sin soltar el altavoz:

—¡Fuera, canallas, miserables, asesinos de periodistas!

Los dos esbirros huyeron, corridos y avergonzados, en medio de la rechifla general. Cathy se detuvo en medio de la cantina, con la cara encarnada y el seno agitado por una espasmódica respiración.

—¡Bravo, señorita! —Aplaudió Daniels—. Esa lección les servirá para no volver más por aquí.

—No esté tan seguro, Tim —contestó ella, entregándole el altavoz—. Déjelo en mi despacho, por favor.

—Sí, señorita.

Los ojos de la joven se desorbitaron repentinamente.

—¡Hurón! —exclamó—. ¿Qué haces aquí? Chuck Devon te busca desde hace días...

El confidente salió del estado de inmovilidad que le había producido la insólita escena y echó a correr hacia el mostrador.

—Necesito un trago —dijo—. O mejor, dos tragos. Vamos, pronto, una copa...

Cathy le siguió, intrigada por su actitud. Hizo una seña y el barman le puso un vaso delante. Paddy bebió y agitó la mano.

—Otro, otro... —jadeó.

—Pero, bueno, ¿qué te pasa? ¿Has visto algún fantasma?

—Algo peor, Cathy —respondió El Hurón, ahogándose—. ¿Dónde está Chuck?

—Eso es lo que yo quisiera saber —dijo ella de mal talante—. ¿No puedes decirme lo que te pasa, Paddy?

El Hurón bebió la mitad de la segunda copa. Luego se encaró con la joven.

—Cathy, usted sabía que Chuck me encargó un trabajito, ¿no?

—Lo sabía, Paddy. ¿Qué has averiguado?

El Hurón se pasó una mano por los ojos.

—Cielos, vaya un pretendiente que tiene la hija de Gallatin... Oyster es un asesino, Cathy.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella vivamente.

—Yo mismo lo he visto, no hace aún media hora... Pegó un tiro a un fulano... No, fueron cuatro tiros, así como suena, uno detrás de otro... ¡Qué miedo, pero, qué miedo he pasado, Cathy! Si me llega a descubrir...

Asombrada en un principio, Cathy reaccionó y procuró animar al asustado individuo.

—Vamos, vamos, Paddy —dijo—. ¿Te ha visto alguien?

—Aquí estaría si ese bárbaro me hubiera visto. No, yo estaba escondido en... Pero ¿dónde está Chuck? Tengo que comunicarle lo que he visto... y más cosas...

Cathy lo agarró por un brazo.

—Será mejor que vengas a mi despacho —propuso—. Allí hablaremos con más tranquilidad.

—Sí, sí, lo que usted diga...

Momentos después, Cathy servía una tercera copa al confidente. Paddy empezó a tranquilizarse y habló durante algunos minutos.

Al terminar, Cathy dijo:

—Tienes razón; esto tiene que saberlo Chuck en el acto.

Pero Devon no estaba en su casa. Cathy se puso furiosa.

—Ese maldito traidor... Seguro que estará con Amy Gallatin.

Cathy tenía razón. Devon y Amy cenaban juntos en un elegante local de Calder Harbour.

* * *

—Ha sido una velada deliciosa —aseguró Amy, mientras se colocaba sobre los hombros desnudos una valiosa estola de piel.

—Celebro que lo haya pasado bien —sonrió Devon.

—Usted es un hombre distinto a los demás a los que he tratado, Chuck.

—¿Lo dice de verdad, Amy?

Ya se dirigían hacia la salida. El *maître* se inclinó, mientras mantenía la puerta abierta.

—Sí, se lo digo sinceramente... Raoul, ha sido una cena exquisita —se dirigió ella al *maître*.

Salieron a la calle. El coche estaba un poco más allá y Devon ayudó a la joven a acomodarse en el asiento delantero. Luego se sentó él tras el volante.

—Se lo repito, Chuck; usted es distinto a los demás.

—¿Distinto también a Ross Oyster?

—Por supuesto. A usted le encuentro sincero, falto de amaneramiento, dice lo que piensa y no oculta la verdad.

—Lo cual no es siempre conveniente. Esa forma de actuar me ha costado más de un disgusto.

—Pero su conciencia estará tranquila, ¿no es así?

—Mi conciencia está tranquila y mis bolsillos vacíos, Amy.

—Rechazó una oferta sustanciosa de mi padre.

—Lo admito.

—¿Y no le pesa?

—Amy, cuando me levanto por las mañanas, me gusta mirarme al espejo y no avergonzarme de la cara que veo delante de mí —contestó él.

Ella reclinó de pronto la cabeza en el respaldo del asiento.

—¿Por qué no querrá mi padre que usted investigue sobre Ross? —murmuró.

Devon no quiso decir nada. Amy continuó:

—Mi padre dice que es un cazadotes y un buscador de fortunas. Yo no lo creo así. ¿Y usted, Chuck?

—Dentro de muy poco podré decírselo. Por ahora, no tengo opinión formada acerca de Oyster.

—¿No le basta con la mía?

—Me gusta siempre formarme mi propia opinión. Luego, naturalmente, me alegro si coincide con la de otras personas.

—¿Y si no coincide?

—Alguien está equivocado. El equivocado paga las consecuencias.

—Aunque sea usted.

—Sí, Amy.

La chica suspiró.

—¿Lo ve? Por algo digo que es usted distinto a los demás. Ross es muy bueno, pero siempre dice sí a lo que yo digo o hago. Eso no es bueno, ¿verdad?

—Según se mire...

—Usted dice sí, si conviene; si no, contradice a quien sea. ¿Me equivoco?

—Acierta, Amy.

Ella volvió a suspirar.

—Sí, ha sido una velada encantadora. Me gustará repetirla, Chuck.

—Cuando usted guste, Amy —respondió él.

Momentos después, llegaban a la gran verja que cerraba el acceso a la propiedad. Amy se apeó y hurgó en su bolso.

—¡Vaya, me he olvidado la llave de la verja! —exclamó de pronto

—. Tendré que llamar...

—Y no le gustará que sepan que ha salido conmigo.

—Eso es lo de menos. El guarda de noche acudirá enseguida.

Momentos después, Amy tendía una mano a Devon.

—Le llamaré, Chuck —prometió.

—De acuerdo, Amy.

La muchacha se dirigió a pie hacia la casa, mientras el guarda nocturno cerraba la cancela. A unos cincuenta o sesenta metros, Amy se volvió y agitó una mano. Devon correspondió con un gesto análogo.

Luego volvió al coche. Antes de dar el contacto, hizo saltar en la palma de su mano la llave de la cancela.

CAPÍTULO XII

Devon consultó su reloj. Eran las doce y media de la noche.

Demasiado pronto para actuar. Escondido entre unos arbustos, situados a cincuenta metros de la verja, esperaba el momento oportuno.

Su coche se hallaba más lejos, detenido en una revuelta del camino. Rumor de pasos sonaron de pronto y asomó la cabeza entre los ramajes.

El guarda de noche pasó lentamente por delante de la verja. Devon tomó nota del tiempo empleado en aquella vuelta.

—Treinta y seis minutos —murmuró.

La siguiente inspección del guarda se efectuó treinta y dos minutos más tarde. Era la tercera toma de tiempo y Devon comprobó que el guarda tardaba una media de treinta y cinco minutos en pasar por delante de la cancela.

También se había enterado de que era una revisión formularia. El vigilante se limitaba a echar un vistazo a la verja, desde dos o tres pasos de distancia, sin usar siquiera la linterna de que estaba provisto. Además, disponiendo de una llave, no era problema para Devon.

Diez minutos más tarde, abandonó su escondite y se acercó a la verja. Metió la llave en la cerradura y la hizo girar lentamente.

La verja no giraba, sino que corría sobre unos carriles. Devon se felicitó de qué ruedas y carriles estuviesen bien engrasados.

Abrió un estrecho paso y cruzó al otro lado. Luego dejó la cancela en posición normal y avanzó entre los árboles del extenso parque que rodeaba la residencia da Gallatin.

Caminó cautelosamente y llegó al borde del terreno de aterrizaje. El avión brillaba bajo la luz de la luna.

No se veía a nadie por las inmediaciones, pero Devon prefirió esperar. No habiendo señales de su paso por la verja, era conveniente asegurarse antes de hacer nada.

Un cuarto de hora más tarde, se volvió a felicitar por la precaución tomada. El vigilante pasó junto al avión y se dirigió al otro lado de

la casa. Ahora, calculó Devon; tenía media hora o más para actuar. Sin pérdida de tiempo, se acercó al aparato y examinó el costado con gran atención. Tenía una lámpara eléctrica, apenas más gruesa que un lápiz, y paseó el haz de rayos por las letras de la matrícula, procurando cubrir con su cuerpo el diminuto círculo blanco.

Luego, paso a paso, se acercó al morro. Casi en el centro, divisó dos orificios redondos, situados a unos treinta centímetros el uno del otro.

Reflexionó unos momentos. Luego sacó del bolsillo un diminuto destornillador y empezó a aflojar los tornillos de un sector de la plancha del motor.

A los pocos momentos, pudo levantar un trozo de plancha. Enfocó la linterna y contempló pensativamente las dos ametralladoras de calibre 50, montadas en lugar del radar, como parecía lo lógico.

Las cintas de proyectiles brillaron bajo la luz de su lámpara. Estuvo así unos momentos y, de repente, concibió una idea.

* * *

Era ya la hora de cerrar. Cathy desistió de esperar levantada a Devon.

—Me voy a dormir, Tim —anunció.

—Sí, señorita —contestó Daniels.

Un hombre entró en aquel momento y se bajó el cuello de su impermeable.

—Rayos, qué humedad hay en esta maldita ciudad. Por el día, sol; por la noche, parece que esté lloviendo... Ponme una taza de café, Tim.

—Sí, pero date prisa, Curly; vamos a cerrar.

El recién llegado miró a la joven y sonrió.

—¿Cómo está, señorita Cathy? —saludó.

—Bien. ¿Qué tal marcha en su nuevo empleo?

—No me puedo quejar. El

D'Arly

paga buenos sueldos sin que quiera ofenderla a usted, señorita...

—Descuide, Curly —contestó Cathy con sonrisa desvaída—. Lo importante es que esté a gusto allí.

—Sí, es un buen local y se ve a gente interesante. Por cierto, hoy he

visto a un conocido suyo. Chuck Devon ha debido de progresar bastante; estaba cenando nada menos que con Amy Gallatin y parecían muy amigos.

Cathy se puso rígida.

—Gracias, Curly —dijo—. Tim, no le cobres el café. Buenas noches a todos.

Cathy se marchó. El recién llegado cambió una mirada con el barman.

—Tim, cualquiera diría que le he mencionado al diablo —exclamó, asombrado.

—Cerca le anda, Curly, cerca le anda —contestó Daniels con sorna.

* * *

Devon esperaba la llamada telefónica y dejó que el timbre sonase varias veces antes de levantar el aparato. Una voz conocida sonó en sus oídos al instante.

—¿Devon?

—El mismo, señor Gallatin.

—Ayer le hice una proposición. ¿Qué me contesta?

—Lo siento, ahora no puedo entretenerme. Es mi día de pesca.

—¿Qué? —rugió el financiero—. ¿Se va de pesca?

—Así, como lo oye. ¿Es qué uno no puede tomarse un día de descanso? Los domingos, el mar se pone como las carreteras: no hay sitio en éstas para tantos automóviles y en el mar faltan peces para tantos, pescadores, así que yo aprovecho un día de entre semana para dedicarme a mi deporte favorito, sin aglomeraciones. Adiós, señor Gallatin.

—¡Espere, Devon! Todavía no sé...

—¿Acaso no es capaz de figurarse cuál es mi respuesta...?

Devon sonreía mientras volvía el aparato a su sitio. Luego se encasquetó un sombrero blando y se dirigió hacia la puerta, donde ya tenía los adminículos propios de un pescador.

El teléfono sonó de nuevo. Devon se sintió tentado de no contestar, pero finalmente, retrocedió.

—Si es Gallatin, arrancaré el cable —masculló.

Levantó el aparato de nuevo. La voz de Cathy estalló ansiosa en sus tímpanos.

—¡Chuck!

—No grites tanto, preciosa; no soy sordo...

—Me tienes loca, Chuck, loca...

—¡Qué gusto le da a un hombre oír hablar así a una mujer joven y guapa! —rió Devon.

—Canalla —barbotó Cathy—. Cuando te ponga la mano encima, vas a ver... Estuviste cenando con Amy Gallatin en D'Arly.

—¡Caramba, qué bien funciona tu Intelligence Service particular! ¿Por qué no se lo alquilas al gobierno de Washington? A veces andan un poco cortos de buenos espías...

—Chuck, esto no es para bromear —le interrumpió ella con gran vehemencia—. Paddy estuvo anoche a verme.

—Eso es muy interesante. ¿Qué te dijo?

—No puedo repetirlo por teléfono, no me atrevo, Chuck. Es... terrible.

Devon dejó de sonreír.

—El caso es que ahora no puedo... —Se mordió los labios—. Oye, ¿por qué no dejas unas horas tu condenado negocio y te vienes conmigo a disfrutar del sol y de la brisa del mar?

—¿Cómo? ¿Te vas al mar?

—A pescar, para ser más exactos.

—Pero, Chuck, ahora no puedes...

—Esperaré treinta minutos, a partir de ahora, en el muelle deportivo, junto a las oficinas de la

Brown & Hudner.

Es una compañía que vende o alquila lanchas a motor. Tú verás qué es lo que más te conviene, Cathy.

Devon colgó el teléfono y se dirigió hacia la puerta. Momentos después, subía a su automóvil y se dirigía al puerto.

A Cathy le sobraron seis minutos de los treinta concedidos. Llegó en un taxi y saltó precipitadamente al suelo.

—¡Chuck! —gritó con ansia.

Devon salió a su encuentro y le puso las manos en la cintura.

—Estás encantadora —elogió.

—Oh, Chuck, es tan horroroso...

Devon la contempló Sonriendo. Ella estaba muy hermosa, con una especie de *sweater* sin mangas y con tirantes, blanco y rojo, y

pantalones cortos, blancos. Un bolso y sandalias, también blancas, completaban su atuendo, junto con un pañuelo rojo en torno a su abundante cabellera.

La mano de Devon se posó en el centro de la espalda de Cathy.

—Anda —dijo en tono persuasivo—, ya hablaremos mientras navegamos. Tenemos tiempo de sobra, ¿sabes?

Ella le miró y comprendió que había algo que justificaba la actitud del joven. Asintiendo en silencio, cruzó la plancha y saltó a bordo.

* * *

Al enfilar la bocanada del puerto, Devon cedió el timón a Cathy.

—No te desvíes del rumbo —dijo.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, todavía muy nerviosa, porque Devon no le había dejado relatar su entrevista con el Hurón.

—Curiosa —respondió él sonriendo.

Bajó a la cámara y sacó los prismáticos. Para mirar con ellos, se arrodilló en uno de los divanes. Las lucernas disponían de cortinillas y las separó sólo lo justo para utilizar los gemelos.

El aparato óptico, de gran aumento, trajo las imágenes de Watch Promontory muy cerca de sus retinas. Sí, allí estaba Gallatin, sentado en un cómodo sillón, bajo una sombrilla, observando a través de su telescopio.

Tranquilo al respecto, dejó los prismáticos y volvió al puente. Sentóse frente al timón y dijo:

—Cathy, empieza cuando quieras.

Ella habló con todo detalle. Devon escuchó muy concentrado, aunque sin dejar de mirar de cuando en cuando a la cima del acantilado, que cada vez quedaba más atrás.

Cuando Cathy le contó el procedimiento empleado para alejar a los esbirros, Devon no se pudo contener y lanzó una estentórea carcajada.

—Debió de ser divertidísimo —comentó.

—Yo pasé mucho miedo —confesó Cathy.

—Me lo imagino —sonrió Devon—. Y me hubiera gustado verte con el altavoz en la mano, profiriendo gritos contra esa pareja de asesinos. ¿Se asustaron?

—Yo diría que más bien quedaron desconcertados, aunque sí se

dieron cuenta de que no podían repetir conmigo lo que hicieron con Lilian. Lo cual no significaba que no lo intenten otra vez.

—Nena, si las cosas salen tal y como yo me pienso, esos tipos no volverán a molestar a nadie —aseguró Devon.

—¡Ojalá sea verdad lo que dices! —suspiró Cathy.

CAPÍTULO XIII

La canoa se había alejado ocho o diez millas de la costa. Devon detuvo el motor y largó el ancla flotante. Luego preparó una caña, la encajó en uno de los encastes situados *ad hoc* en la borda y después bajó a la cabina.

—Así no pescarás mucho, gritó Cathy.

—Voy a pescar otra cosa —respondió él desde abajo.

Momentos después, subió con sendos vasos en la mano, llenos de bebida y cubitos de hielo.

—¿Qué te parece mi pesca? —preguntó sonriendo.

—¡Hum! —dijo Cathy, mirándole por encima de su vaso—. ¿Soy yo el pez que quieres atrapar en tu anzuelo?

—Tal vez.

—El cebo no me seduce.

—Buscaré otro más atractivo.

—Y lo emplearás con Amy Gallatin.

—¿Tienes celos de ella? —preguntó Devon.

—A ti te gusta, ¿no?

Estaban en cubierta, delante del puente. Devon se reclinó en la borda.

—Me gustan todas las mujeres hermosas, tú incluida, aunque te encuentro un grave defecto.

—Tengo las piernas torcidas —dijo Cathy sin pestañear.

—No, las tienes demasiado blancas. No sales de tu covacha...

—Tengo que trabajar, Chuck —exclamó ella, muy sulfurada.

—Hay tiempo en una jornada para todo: para el trabajo y para la diversión. A veces me parece que sólo te ocupas, de acumular dinero.

Cathy titubeó.

—Puede que tengas razón..., pero es un negocio que monté yo y le tengo mucho cariño. Lo he hecho prosperar a base de trabajar casi sin descanso, ¿sabes?

—Ahora marcha poco menos que solo. Un rato de esparcimiento, de cuando en cuando, te sentaría muy bien, y tu piel tomaría un

encantador tono tostado, que te haría mucho más atractiva.

—Y ahora, ¿no lo estoy? —contestó ella, provocativa.

Devon sonrió. Lanzó el vaso al mar y se acercó a la joven, encerrándola en sus brazos.

—Te lo voy a demostrar —dijo.

—¿Por el mismo medio que empleaste para Amy Gallatin?

—Querida, el método que se usa para conquistar a una mujer es, aproximadamente, siempre el mismo.

—Pero en algunos casos falla.

—¿Por ejemplo?

—¡Conmigo, idiota! Si crees que tengo vocación de plato de segunda mesa, estás muy equivocado. —Y le empujó con fuerza, haciéndole retroceder un par de pasos trastabillando.

Devon estuvo a punto de caer al agua, pero consiguió agarrarse a la barandilla en el último momento. Cathy lanzó una alegre carcajada de burla.

—Me hubiera gustado ver el aspecto que tenías de donjuán mojado —exclamó.

Pero Devon no le contestó. A Cathy le extrañó su actitud de concentración.

—¿Qué sucede, Chuck? —preguntó.

—Estoy oyendo ruido de motor de avión —contestó él, repentinamente muy serio. Agarró por el brazo a la joven y la empujó hacia popa—. Métete bajo el toldo del puente y no asomes la cabeza, pase lo que pase —ordenó.

* * *

El zumbido se acentuó. Algo chispeó en las alturas y su reflejo hirió las pupilas de Devon.

El joven siguió su simulación, sentado junto a la caña de pescar. El piloto del avión lo hizo descender quinientos metros.

Neil Arthur observaba la embarcación con los prismáticos.

—Ésa es —dijo por fin, al captar el número de la matrícula—. Pero déle una pasada lo más bajo que pueda y a poca velocidad antes de hacer nada.

—Bien señor.

El avión descendió hasta llegar a unos diez metros sobre el nivel de

las aguas. Luego voló horizontal y pasó a menos de veinte metros de la barca. Cathy se agachó instintivamente.

Devon agitó una mano, con ademán amistoso. Dentro del aparato, Arthur dijo:

—¡A por él!

El piloto dio gas, metió el pie derecho y tiró de la palanca hacia sí y a la izquierda. El bimotor se remontó virando ceñidamente.

—¡Chuck! —gritó Cathy—. ¿Qué pretende ese aviador? ¡Estoy asustada!

—Tranquila, nena —sonrió él—. Sigue ahí, sin dejarte ver.

El bimotor dio la vuelta a unos mil metros y volvió a perder altura. Su piloto corrigió el rumbo, con ligeros toques a los pedales y a la barra, hasta enfilar justamente hacia la lancha.

Devon continuaba tranquilamente su simulación. El bimotor se acercó directo a la popa, a toda velocidad.

El pulgar del piloto estaba apoyado sobre el botón de disparo. De repente, exclamó:

—¡Ahora!

Y apretó a fondo.

En el morro sonaron dos fuertes explosiones. Parte de las planchas de protección saltaron por los aires.

—¿Qué pasa ahí? —gritó Arthur, asustado.

Salieron llamas del morro. Las explosiones se repitieron.

—¡Se han incendiado las municiones! —gritó el piloto, lívido.

El petardeo era intensísimo. Una bala salió despedida y perforó el parabrisas. Uno de los motores trepidó súbitamente su ritmo por algunos impactos originados por las balas al estallar.

Las llamas lamían ya la cabina.

—¡Paracaídas! —gritó Arthur, lleno de pánico.

—¡No hay! —rugió el piloto—. Intentaré posarme en el mar...

Fue lo último que dijo. Una terrible explosión sacudió al aparato, haciéndole oscilar de modo espantoso.

El morro saltó por los aires. Una hélice se desprendió con ruido aterrador.

El bimotor volaba dando tumbos literalmente, mientras dejaba tras sí una espesísima estela de humo negro. De súbito, brotó una enorme llamarada roja y el aparato se convirtió en una bola de fuego, que empezó a descender lentamente hacia el mar.

Instantes después, se alzó un gran chorro de espumas. Luego, el mar tomó de nuevo su aspecto plácido de costumbre.
Devon volvió al puente y puso en marcha el motor.
—Vamos a ver si hay supervivientes —dijo con voz calmada.
Cathy le contemplaba recelosamente.
—No puede haberlos —aseguró.
—En eso estoy de acuerdo. Y me alegro.
—¿Por qué? —se extrañó ella.
—Intentaron matarnos. Lo mismo que mataron a Fork y a un inocente pescador llamado Martín González —respondió Devon sombríamente.

* * *

Ross Oyster alzó el teléfono cuando oyó el timbre y dio su nombre:
—Arthur —sonó una voz un tanto engolada.
—Sí, diga.
—Suba a Watch Promontory.
—¿Ahora? —se extrañó Oyster.
—Ahora.
—Bien, iré lo antes que pueda —contestó Oyster.
Dejó el teléfono en su sitio y se mordió los labios pensativamente. Tras unos segundos de reflexión, marcó un número.
Una voz bronca le contestó enseguida:
—Sullivan.
—Tex, ¿cómo va el asunto de Cathy Mac Cabe?
—Jefe, de momento no...
—Es lo mismo. El que me preocupa es Devon. Hay que quitarlo de en medio como sea.
—Dini lo está vigilando. Hace poco que volvió de pescar...
—Hay que pegarse a él y no dejarlo solo ni un momento. Y en cuanto se presente la ocasión... ¿Entendido...?
—Sí, señor.
Oyster se puso en pie al acabar la comunicación, y dándose a todos los diablos. Se preguntó por qué tendría que ir a Watch Promontory, pero no le quedaba otro remedio que obedecer.
Cuando el dueño de Watch Promontory daba una orden, había que acatarla sin discusión.

Chuck Devon marcó un número y esperó a que le contestasen:

—Residencia del señor Gallatin. Dígame lo que desea, por favor.

—Gracias. Soy Chuck Devon. Anuncie al señor Gallatin mi visita para dentro de media hora. Eso es todo.

—Así lo haré, señor Devon —respondió la misma voz.

Devon sonrió, mientras se ponía un cigarrillo en los labios. Salió de la casa y subió a su coche. Dio el con tacto y arrancó sin prisas en dirección a su objetivo.

Atravesó la ciudad, cumpliendo puntualmente todas las señales y disposiciones de tráfico. Luego enfiló hacia la carretera que conducía a lo alto de Watch Promontory.

De cuando en cuando, miraba por el retrovisor. No tardó en darse cuenta de que era seguido por otro coche.

Probó si se trataba de una coincidencia, aminorando su marcha. El coche sospechoso redujo también su velocidad.

—Podría haberme pasado, pero no lo ha hecho. Ergo —dedujo.

Sonrió alegremente, mientras silbaba una cancioncilla en boga. Su velocidad era muy moderada.

El coche acometió las curvas que bordeaban la costa. Lenta y gradualmente, Devon aceleró, a medida que abandonaba las zonas más pobladas.

Ahora ya sabía que iban tres hombres en el coche perseguidor.

Dini, Sullivan y Tuckeree.

Y no le dejarían llegar a Watch Promontory.

De súbito, pisó a fondo, lanzándose hacia adelante a toda velocidad.

Su acción encontró desprevenido a Dini que era el piloto del automóvil perseguidor.

—¡Corre, se aleja! —bramó Sullivan.

Dini aceleró, tomando la siguiente curva casi sobre dos ruedas. De súbito, se encontró con un coche atravesado en la carretera.

El instinto le hizo voltear el volante hacia la izquierda. Tuckeree chilló:

—¡Qué nos matamos, animal!

Inmediatamente, sonó un crujido aterrador. El coche rompió la valla protectora y saltó al abismo.

Devon se acercó al borde del camino, tocó su frente con la mano y

dijo:

—¡Buen viaje al infierno, asesinos!

El coche había quedado detenido, tras una serie de espantosos tumbos, a unos sesenta o setenta metros más abajo, en una especie de grieta muy ancha, que había evitado su caída al mar. Ahora ardía con grandes llamaradas.

Devon volvió a su automóvil, maniobró y enfiló la carretera nuevamente, ahora seguro de llegar sin obstáculos a su destino.

CAPÍTULO XIV

El cancerbero le abrió sin dificultades la verja y Devon siguió adelante hasta detenerse a pocos pasos de la casa.

Gallatin le miró a través de sus gafas de color.

—¿Y bien, Devon? ¿Se ha decidido ya a aceptar mi empleo?

El joven sonrió.

—Me juzga usted demasiado duro y correoso, ¿no?

—Quizá mi juicio le resultase a usted muy duro.

Tal vez, pero, en todo caso, no me iba a quitar el sueño, créame.

—Es privilegio de la juventud —sonrió Gallatin—. Pero, por favor, conteste a mi pregunta.

Devon miró en todas direcciones. El bimotor no estaba a la vista.

—Ha despegado —dijo Gallatin.

—Ah —murmuró el joven.

—Todavía estoy aguardando su respuesta, Devon —dijo Gallatin, empezando a sentir impaciencia.

—Y yo espero a otra persona —contestó Devon—. Cuando llegue, le daré la respuesta.

Gallatin mostró asombro.

—¿Se ha atrevido a citar a alguien aquí? —exclamó colérico.

—Sí —admitió Devon, desenvuelto. Y añadió—: Con su permiso, voy a echar un vistazo por el telescopio.

Gallatin dudó un momento, pero luego acabó por abandonar la tumbona en que estaba levantado y siguió tras el joven. Momentos después, alcanzó a Devon, quien ya estaba situado tras el telescopio.

—Un aparato magnífico —dijo—. Desde aquí se ve muy bien el embarcadero de la

Brown & Hudner.

Gallatin no dijo nada. Devon se irguió y le miró sonriendo.

—La panorámica es bellísima —añadió—. Tuvo usted mucho acierto en la elección del emplazamiento de su residencia en lo que antiguamente estaba el vigía del puerto. Por eso se le llama Watch Promontory, ¿no?

—Sí —contestó Gallatin, con los labios muy prietos.

Devon volvió a mirar por el telescopio.

—La ciudad tiene su nombre también muy adecuado —dijo—. Una especie de caldera marina, entre colmas... Antiguamente, en español, se llamaba Bahía Caldera y ahora...

—Dejémonos de historias —exclamó Gallatin cortantemente—. Yo no cambié el nombre de la ciudad, pero sí la he convertido en lo que es. Hace un cuarto de siglo, no era sino una miserable aldea de pescadores.

—Y ahora es un floreciente emporio de comercio —sonrió Devon, irguiéndose de nuevo—. «Su» ciudad, señor Gallatin.

—«Mi» ciudad —corroboró el financiero orgullosamente.

—Y aquí, todo el mundo hace lo que usted ordena.

—Cuando me conviene, sí.

—Pero a veces surge quien piensa de otro modo. Como Lilian Baird y Barry Folstrom, ¿no es así?

La cara de Gallatin se puso tensa. Súbitamente, un hombre avanzó hacia ellos.

—¡Señor Gallatin! —gritó Oyster.

* * *

El financiero se volvió rápidamente.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —rugió—. ¿No le tengo prohibido que...?

—Señor Gallatin, me llamó Arthur, su secretario —contestó Oyster muy sorprendido.

—Arthur está muerto, pedazo de idiota. El avión explotó en el aire y ha muerto, con el piloto.

—No..., no comprendo nada... Un accidente, en la carretera, me ha impedido llegar antes... —se disculpó Oyster, que parecía muy aturdido.

—Yo no le he llamado —farfulló Gallatin.

De pronto creyó comprender y miró a Devon, que sonreía tranquilamente.

—He sido yo —dijo el joven.

—¿Usted? Pero ¿por qué? —se asombró Oyster.

—Quería verlos reunidos a los dos. Tenía ganas de oír sus explicaciones y que ustedes escucharan las mías.

—¿Qué clase de explicaciones? —preguntó Gallatin.

—Contrabando de esmeraldas, por ejemplo.

Hubo una pausa de silencio. Oyster lanzó un gemido:

—¡Lo ha descubierto! —dijo, segundos después.

—Sí —admitió Devon sin pestañear.

—¡Pero no hay pruebas! —rugió Gallatin.

Oyster estaba lívido.

—¿Seguro que no hay pruebas de que usted ordenó los asesinatos de Barry Folstrom y de Lilian Baird? —dijo Devon—. ¿Tampoco ordenó matar a Martín González, porque temía que dijera algo sobre lo que encontró en las ropas de Folstrom? Podemos añadir a Lilian Baird, que ya se ponía demasiado pesada... y a mí, que metía las narices donde no debía. Igualmente podemos agregar a los hermanos Fork, repentinamente convertidos en personajes incómodos, ¿no es así? Y todo por las dichas esmeraldas, claro.

Gallatin volvió la vista hacia el océano.

—Maldigo el día en que se me ocurrid embarcarme en ese asunto —juró entre dientes.

—Es usted muy ambicioso..., o quizá se sentía hastiado de unos negocios que marchan sobre carriles. Pero también había gentes que se oponían a su voluntad o, simplemente criticaban sus métodos. Para acallar a los adversarios, tenía a Oyster y su agencia de asesinos, bajo la innocua apariencia de una agencia de representaciones comerciales y de empleos, ¿no es así?

—Es usted muy lisio, infernalmente listo, muchacho. ¿Por qué no aceptó mis propuestas?

—Todavía tengo un cierto sentido de la decencia —contestó Devon, impávido—. Por cierto, supongo que los documentos de Lilian Baird habrán sido ya destruidos.

—Sí —dijo Oyster entre dientes.

Devon le miró y sonrió.

—¿Se le ha curado ya la nariz? —preguntó.

Oyster sacó una pistola y apuntó con ella a Devon.

—Señor Gallatin, ¿qué hacemos con este entrometido? —preguntó de mal talante.

—Si el avión no hubiese explotado en el aire... —se lamentó Gallatin.

—Yo taponé anoche sus ametralladoras —dijo Devon sin perder la

calma.

—¿Usted? —se sorprendió el financiero—. Pero ¿cómo supo...?

—Después del ametrallamiento a Jared Fork, el piloto voló muy bajo sobre mi lancha. Vi una tira negra agitándose en el fuselaje. Esta madrugada comprobé que usted cambiaba su numeración de matrícula, mediante tiras adhesivas blancas y negras, según las circunstancias. Hay muchos aviones como el suyo, pero cada uno tiene su propia matrícula.

—Y por eso obturé las ametralladoras.

—Pensaba en Martín González. Era un hombre honrado —contestó Devon, impertérrito.

—Sabe demasiadas cosas —dijo Oyster nerviosísimo—. No podemos dejarle que se vaya de aquí, señor Gallatin.

—Pero ¿quién le ha dicho...? —preguntó Gallatin, desconcertado.

—Un tal Paddy el Hurón, a quien Oyster quiso quitar de en medio, sin,, por fortuna, conseguirlo. Ah, Oyster, Paddy fue testigo presencial del asesinato de Ernie Fork, asesino, a su vez, de Barry Folstrom.

Oyster estaba completamente desmoralizado.

—¿Quién defenestró a Lilian? —Siguió Devon—. ¿Usted o Jared Fork?

—Fork —respondió Oyster sordamente—. Señor Gallatin...

El financiero hizo un gesto con la mano, como ordenándole callar. Devon insistió en sus declaraciones:

—Ahora usted, Oyster, comprenderá por qué Gallatin no quería que se casara con su hija ni que yo siguiera investigando acerca de usted. Como puede imaginarse fácilmente, Gallatin no iba a permitir que Amy se casara con el director de una agencia de asesinos. Y a usted le convenía esa boda, porque así hubiera tenido a Gallatin bajo sus pies, ¿no es cierto?

Los ojos de Oyster centellearon de cólera.

—El me obligó —dijo—. Me hizo un chantaje...

—Y usted pensó que podía ganar mucho dinero, de modo que si hubiese sido honrado, habría resistido las presiones de Gallatin. No se queje ahora de lo que sólo es su propia culpa, Oyster.

—¡No, él fue culpable! —gritó el asesino, descompuesto por la ira— y luego no quiso que Amy y yo...

Inesperadamente, Oyster apretó el gatillo dos veces.

Gallatin cayó fulminado. Devon respingó.

Oyster le apuntó con el arma.

—Ahora le toca a usted —dijo.

—Debajo de la chaqueta llevo una emisora de radio —advirtió Devon—. La Policía ha escuchado todo lo que se ha hablado aquí. Aún me quedaban algunos buenos amigos... ¡y me parece que ya vienen por ahí!

Oyster se volvió. Varios hombres de uniforme, todos ellos armados, corrían hacia el promontorio.

—¡Alto! —gritó el jefe de la fuerza—. ¡Entréguese, Oyster!

El asesino se vio perdido. Rotos los nervios, echó a correr.

Un policía disparó. Oyster se tambaleó.

Estaba muy cerca del acantilado. Un horrible grito brotó de sus labios cuando se dio cuenta de que su caída era irremediable.

Agitando los brazos, como un gran pájaro herido de muerte, Oyster se precipitó en el abismo, cuyo final estaba situado a doscientos metros de distancia.

* * *

Amy Gallatin estaba en el centro del gran salón, pálida, vestida de negro. Devon avanzó hacia ella, y le tomó las dos manos.

—Sea fuerte —dijo.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento.

—No sé cómo darle las gracias, Chuck —contestó.

—Todo lo contrario, debería detestarme —sonrió él.

—Usted me ha hecho ver claro. Eso vale mucho, Chuck.

—A costa de un terrible choque psíquico.

—Tal vez lo necesitaba..., pero no hablemos más del asunto.

¿Cuáles son sus proyectos? —preguntó Amy.

—¿Por qué me lo dice? —se sorprendió él.

—Estoy sola, necesitaré ayuda...

—Tiene valiosos colaboradores. Hay gente muy buena en las empresas de su padre. Ellos la ayudarán, Amy.

—Pero usted...

—Amy, nuestros mundos son diametralmente opuestos. Ahora siento hacia mí cierta lógica inclinación, pero pronto se le pasará. Aproveche esta experiencia; ya encontrará un hombre que la quiera

con sinceridad.

Amy se esforzó por sonreír.

—Quizá tenga razón, Chuck —admitió—. Pero, al menos, espero que sigamos siendo buenos amigos.

—Oh, sí, por supuesto. Ah, a propósito, me olvidaba devolverle algo.

Devon metió la mano en el bolsillo y sacó una llave.

—Se la quité de su bolso la noche que cenamos en Darly —confesó—. Espero que sepa perdonarme.

—Sí, Chuck.

—Bueno, en realidad, sólo había venido a eso —dijo él—. Adiós, Amy.

—¡Espere!

Amy se acercó a él, puso las manos sobre sus hombros y le besó en una mejilla.

—Gracias por todo, Chuck. Vengan a verme de cuando en cuando.

—Ha hablado en plural, Amy —sonrió Devon.

—Sí —confirmó la muchacha—; he hablado en plural, Chuck.

* * *

Devon llegó junto al mostrador y cabalgó sobre un taburete. Cathy le miró con gesto arisco.

—Creí que te habías muerto —dijo irónicamente.

—Estoy vivo, por fortuna para ti, preciosa.

—¡Ja! —rió ella sin entusiasmo—. Se me van a desencajar las mandíbulas de alegría...

—Muy posiblemente —convino él—. Cathy, hace tiempo me hablaste de ampliar el negocio.

—Sí, pero aquello ocurrió hace un siglo, más o menos.

—Tú no eres tan vieja, Cathy. Y las ideas que me diste para la ampliación son buenas, con algunos retoques, claro. Toma —dijo de pronto, a la vez que arrojaba un papel doblado sobre el mostrador—, quiero contribuir a los gastos.

Atónita, Cathy desplegó el cheque y lo leyó.

—¡Chuck! Pero ¿de dónde has sacado tanto dinero? —exclamó.

—Mis sudores me costó, ¿no? —sonrió él.

Los labios de la joven temblaron.

—Entonces... ¿vienes a quedarte? —dijo con voz trémula.

—Para siempre, Cathy. Pero tendrás que moderar un poco tu genio y, por supuesto, dejar los celos de lado, ¿entiendes?

Ella se puso a llorar.

—Ya vale.

—Si, Chuck, lo que tú digas... Haré todo lo que tú quieras...

Devon soltó un bufido.

—¡Cuidado, vas a borrar con tus lágrimas, lo que hay escrito en ese cheque! —exclamó—. ¡Caramba con las mujeres les das una buena noticia y se ponen a llorar! Francamente, no hay quien las entienda...

Cathy se secó las lágrimas de un manotazo.

—Lloraba por ti, estúpido —dijo, enojada—. ¿Es que no lo sabes ver?

Devon sonreía. Cathy dulcificó el gesto.

—Miserable —le apostrofó cariñosamente—. Ven a darme un beso.

Devon obedeció de buena gana.

FIN



Luís García Lecha Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.